

Bianca

Objetivo, seducción

Helen Bianchin

Objetivo, seducción

Dominic Andrea había planeado una estrategia muy especial para conquistar a Francesca.

Primero, tenía que conseguir llamar su atención. Pero eso era fácil: Dominic era muy atractivo y Francesca tenía que hacer esfuerzos para apartar los ojos de él.

Segundo, tenía que hacer que se enamorase de él. Francesca se sentía intrigada por Dominic, pero había perdido un marido y no deseaba enamorarse de nuevo.

Y, por último, tenía que pedirle que se casara con él. Dominic lo quería todo, y estaba decidido a perseguir y seducir a Francesca hasta que ella lo aceptara.

Capítulo 1

VOLVER a casa era siempre una experiencia agradable, pensaba Francesca mientras el avión se preparaba para aterrizar en el aeropuerto de Sydney.

La ciudad ofrecía una magnífica panorámica, con el mar azul de fondo, los altos edificios, el famoso puente y el teatro de la Opera bañados por la brillante luz del sol, en contraste directo con el frío que había dejado atrás en Roma.

El Boeing se colocó frente a la pista y, unos minutos más tarde, rodaba por ella con un sordo ruido de motores.

Después de tomar su equipaje y pasar la aduana, Francesca se dirigió al vestíbulo de salida seguida por las miradas de la gente, algo a lo que estaba acostumbrada.

Llevaba un elegante traje pantalón color verde que destacaba su alta y esbelta figura, apenas llevaba maquillaje y había recogido su largo pelo castaño en un moño suelto. El resultado era una imagen discreta, pero muy atractiva, que no podía esconder su estatus de modelo internacional.

No había fotógrafos, ni la consabida limusina esperándola al salir del aeropuerto porque no había informado a casi nadie de su llegada; necesitaba pasar unos días con su familia y amigos antes de volver a las pasarelas y a los compromisos de trabajo por todo el mundo.

Enseguida paró un taxi y, mientras se alejaban de la terminal, observaba los autobuses, los coches, los árboles que rodeaban las avenidas; podía ser cualquier ciudad del mundo, pensaba Francesca.

Pero era su ciudad, el lugar en el que había nacido. Su padre era un emigrante italiano y su madre, una australiana que nunca se había acostumbrado a las restricciones del matrimonio.

Francesca recordaba las discusiones de sus padres, cada vez más frecuentes durante su infancia, y después el internado y las vacaciones con cada uno de sus progenitores por separado.

Una familia feliz, pensaba irónica, recordando los años que siguieron a aquello. Tres padrastros; dos de los cuales le habían mostrado un auténtico afecto y otro, cuya predilección por las adolescentes había quedado patente durante unas vacaciones, poco después de la luna de miel. Todos ellos habían pasado brevemente por su vida y habían desaparecido. Y, además, estaba Madeline, la segunda esposa de su padre.

Su carrera como modelo, que había empezado como un

capricho, había sido un éxito que sobrepasaba todos sus sueños. Tenía apartamentos en París, Roma y Nueva York y era una de las más solicitadas por las mejores casas de moda del mundo.

—Veinticinco dólares.

La voz del taxista interrumpió sus pensamientos.

—Quédese con el cambio —dijo ella, sacando dos billetes del bolso.

Francesca introdujo la tarjeta magnética que abría las puertas de cristal del elegante edificio de apartamentos y entró en el amplio vestíbulo.

—Me alegro de volver a verla —dijo una joven en recepción, dándole unas llaves y un paquete de cartas—. El coche que ha alquilado está en el garaje y los papeles están en la guantera.

—Gracias.

Francesca subió en el ascensor, desactivó el sistema de seguridad y entró en su apartamento.

El olor a la cera de los muebles se mezclaba con el aroma de flores frescas. Junto al sofá, en un pequeño jarrón, había un ramo de rosas con una nota de su madre: «Bienvenida a casa, cariño».

Sobre la mesa del comedor había un ramo de claveles con una nota de su padre que decía exactamente lo mismo.

Había cinco mensajes en el contestador y Francesca pulsó el botón para escucharlos; uno de ellos era de su agente y los demás, de familia y amigos. También había varios faxes, ninguno de los cuales era urgente. Todo podía esperar hasta que se diera una ducha y deshiciera la maleta.

En el apartamento, cuyos suelos de mármol italiano estaban cubiertos de alfombras, había un salón decorado con cómodos sofás de piel en tono claro, un comedor, una moderna cocina, dos habitaciones con cuarto de baño y un precioso mirador. Las cortinas eran de color marfil, a juego con las paredes enteladas en seda del mismo tono. El toque de color lo daban los cuadros que cubrían las paredes del apartamento y los grandes cojines de los sofás.

Era un apartamento elegante, que demostraba el buen gusto de su propietaria; un apartamento para vivir y no sólo un lugar bien decorado.

Tras una larga ducha que la dejó relajada después de tantas horas de vuelo, eligió de su armario un pantalón de seda color crema, una blusa sin mangas y sandalias planas y, echándose un último vistazo en el espejo, salió del apartamento.

En Sydney había bastante tráfico, pero no la clase de atascos interminables que solía haber en las calles de Roma.

Italia. El país en el que había nacido su padre y el lugar en el que, tres años antes, se había casado con el famoso piloto de carreras Mario Angeletti, que había muerto en un accidente unos meses después de la boda. Y la semana anterior había tenido que volver al cementerio para acudir al entierro de su suegra.

Aquellos recuerdos tristes no la conducían a nada, pensaba mientras salía de su casa. Lo primero que tenía que hacer era cambiar moneda y comprar algo de comida en el supermercado cercano.

Cuando entró en el banco, se encontró con una fila de clientes que esperaban ser atendidos.

El hombre que había delante de ella se movió unos pasos y en ese momento notó el aroma de su colonia. Era un aroma exclusivo que despertó un repentino interés por el hombre que lo llevaba.

Era muy alto, pelo oscuro, anchos hombros y cuerpo musculoso bajo un polo de manga corta. Llevaba unos pantalones de marca, que marcaban su estrecha cintura y su apretado trasero.

¿Sería un contable, un abogado?, se preguntaba Francesca. Posiblemente, ni lo uno ni lo otro. Si lo fuera, llevaría un traje de chaqueta.

La cola empezó a avanzar con rapidez y Francesca se quedó mirándolo mientras se dirigía hacia una de las ventanillas.

Unos treinta y cinco años, pensaba observando su perfil. La mandíbula cuadrada, altos pómulos y rasgos marcados indicaban su ascendencia europea. ¿Italiano, griego quizá?

Otra de las ventanillas quedó vacante y Francesca se dirigió a ella. Mientras guardaba el dinero en la cartera se dio la vuelta y se chocó con el hombre.

—Perdone —dijo rápidamente, sintiendo que él la sujetaba por el brazo.

Dominic dejó que su mirada resbalara por su esbelta figura antes de mirarla a los ojos.

Había algo en ella que le resultaba familiar. Tenía rasgos clásicos, una piel clara y ojos de color miel, pero era su brillante pelo castaño lo que lo fascinaba; lo llevaba recogido en un moño y se preguntaba cómo quedaría aquel color vibrante extendido sobre las sábanas.

Francesca se sintió turbada ante la mirada del hombre y tuvo que hacer un esfuerzo para aparentar tranquilidad.

Se encontraba con hombres atractivos prácticamente todos los días de su vida y nunca sentía nada especial. Que aquel hombre la hubiera puesto tan nerviosa no era más que simple química,

pensaba, una de esas cosas que ocurrían a veces.

Pero reconocer el sentimiento era una cosa y sentir aquella turbación, otra muy diferente. No le gustaba y no deseaba sentirla.

Y él se había dado cuenta. Lo sabía por la sonrisa que curvaba aquellos labios sensuales y por cómo se habían oscurecido sus ojos. El seguía sonriendo de forma enigmática mientras soltaba su brazo e inclinaba la cabeza ligeramente.

Francesca mantuvo una expresión de frialdad mientras guardaba la cartera en el bolso. Después, se dirigió hacia la puerta.

El iba unos pasos delante de ella y era difícil ignorar la gracia animal de aquel cuerpo masculino; un cuerpo que parecía prometer placeres sensuales sin medida.

Francesca se quedó turbada por aquellos pensamientos y lo achacó a una mala jugada de su cerebro, agotado tras largas horas de viaje.

Lo primero que colocó en el carro cuando llegó al supermercado fue algo de fruta. Con tantos familiares y amigos que visitar, seguramente la única comida que haría en su apartamento sería el desayuno.

Su familia, recordó de pronto. Tenía que llamarlos por teléfono, pensaba mientras tomaba algunas botellas de leche, yogur y algo de queso.

—¿Ningún capricho? —preguntó tras ella una irónica voz masculina, con leve acento extranjero.

Francesca estaba acostumbrada a que los hombres se dirigieran a ella constantemente y se volvió para contestar con amable frialdad, pero las palabras se quedaron en su garganta al reconocer al atractivo hombre del banco.

Tenía una boca fascinante, unos dientes blanquísimos y una sonrisa que hubiera vuelto loca a cualquier mujer. Y había algo en sus ojos oscuros que demostraba su sinceridad; tenía una mirada directa, casi analítica, que era más que turbadora.

¿La habría seguido?, se preguntaba. Echó una mirada sobre su carro y vio que él también había hecho algunas compras.

—Los helados —sonrió ella, intentando ser amable—. Mis favoritos son los de vainilla y chocolate.

—Ah, la chica es golosa —dijo él con una risa ronca que casi la hizo perder el equilibrio. Al mirar las manos de ella y ver una alianza, Dominic sintió algo parecido a la desilusión, pero no sabía por qué. A pesar de ello, no se desanimó. Estaba acostumbrado a arriesgarse en los negocios y en la vida—. ¿Ese anillo significa algo? —preguntó, rozando con un dedo la alianza.

—Si significa algo o no, no es asunto suyo —contestó Francesca apartando la mano.

Así que, además de belleza, tenía temperamento, pensaba Dominic, preguntándose si también sería una mujer apasionada.

—No quiere decírmelo?

Francesca hubiera deseado marcharse, pero algo la obligaba a quedarse.

—Déme una razón para que lo haga.

—No me gusta jugar con lo que es propiedad de otro hombre —dijo mirándola a los ojos, sin asomo de timidez.

Francesca respiró profundamente mirándolo de arriba abajo.

—Yo no soy propiedad de nadie —dijo con frialdad mirándolo a los ojos—. Y no estoy interesada en serlo, muchas gracias.

—Una pena —dijo él—. Podría ser un descubrimiento fascinante —añadió con humor—. Para los dos.

—En sus sueños —sonrió ella irónica, alejándose.

Él no hizo ningún esfuerzo para detenerla, aunque durante un segundo Francesca había sentido que había mirado en el fondo de su alma y conocido sus secretos para después apartarse, seguro de que podría conquistarla.

Se estaba volviendo loca, se decía a sí misma mientras guardaba los alimentos en la bolsa. Estaba cansada y nerviosa; lo primero era debido a las largas horas de vuelo y lo segundo a aquel estúpido hombre.

Cuando volvió a su apartamento, guardó las cosas en el frigorífico y llamó a su familia por teléfono. Después, llamó a Laraine, su agente.

El trabajo había sido su salvación durante los últimos tres años. Había viajado por todo el mundo, mostrando las colecciones de los mejores diseñadores, pero, ¿durante cuánto tiempo seguiría siendo una de las modelos más cotizadas? Y, lo más importante, ¿deseaba seguir siéndolo?

Había muchas chicas esperando a la cola, todas ellas deseosas de conseguir fama y fortuna, y los diseñadores siempre estaban buscando caras nuevas.

La moda era algo pasajero. La alta costura, un nido de ególatras rodeados de aduladores.

Y, sin embargo, a pesar de la locura, las prisas, las zancadillas, Francesca encontraba placer en mostrar aquellos imaginativos y hermosos diseños y una gran satisfacción cuando lo que mostraba era algún trabajo espectacular.

Eso hacía que las habitaciones de hotel, las largas horas en

avión, los nervios y el pánico de última hora en los desfiles merecieran la pena. Un cínico añadiría que las astronómicas cifras que cobraba por desfile también ayudaban.

Pero Francesca nunca había tenido problemas económicos. De pequeña, había vivido en una maravillosa casa, y había estudiado en los mejores colegios. Sin embargo, mientras su madre se encargaba de perpetuar aquella vida de cuento de hadas, su padre se había encargado de que mantuviera los pies en la tierra. Tenía inversiones, propiedades y acciones que aseguraban su futuro por completo y, sin embargo, nunca le había atraído la idea de vivir sin trabajar.

Quizá era la herencia italiana de su padre lo que hacía que se sintiera incentivada para poner toda su energía en cada proyecto. La palabra «fracaso» no estaba en su vocabulario.

—Pienso estar de vacaciones toda la semana —dijo a su agente. Laraine insistió en que reconsiderara su decisión—. Mañana hablaremos en tu oficina. ¿Te parece bien a las diez?

Cuando colgó el auricular, se estiró y sintió que el agotamiento se apoderaba de ella. Prepararía algo ligero para cenar y después se metería en la cama.

Capítulo 2

FRANCESCA estaba inclinada sobre el escritorio de su agente, repasando la lista de propuestas de trabajo.

—Confirma mi asistencia al desfile a beneficio de la Asociación De Lucha Contra El Cáncer y al de la gala que organiza la Fundación Para La Investigación De La Leucemia. También haré la sesión de fotos con Tony y... el jurado en el concurso de caras nuevas —dijo, mientras repasaba y descartaba otras invitaciones—. El pase privado en la boutique de Margo también —añadió, tomando un sorbo de agua—. Y ni una cosa más.

—Anique Sorensen me ha llamado varias veces. Es muy insistente —dijo Laraine.

El hecho de que Francesca donara la mitad de sus honorarios a causas benéficas cada vez que volvía a su país natal hacía que siempre encontrara montones de peticiones para diferentes eventos.

—¿Cuándo?

—El lunes, en el hotel Marriott.

—Dime que es para alguna causa social y te mato.

—Entonces, estoy muerta. Es para la Fundación Pide Un Deseo.

—Maldita sea —exclamó de forma poco elegante Francesca arrugando la nariz.

—Pero lo harás —sonrió su agente, satisfecha.

—Sí —asintió Francesca levantándose y colgándose el bolso del hombro. No podía negarse a aparecer en una gala a beneficio de niños que sufrían enfermedades terminales—. Envíame lo detalles por fax.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Una playa solitaria, un libro y el móvil —sonrió Francesca—. Se supone que estoy aquí de vacaciones.

—No olvides ponerte crema protectora.

—No te preocupes.

Una hora más tarde, estaba tumbada bajo una sombrilla en la playa, observando el horizonte y disfrutando de la suave brisa del mar del olor a sal, mientras oía a las gaviotas que s acercaban a buscar comida en la playa.

Estuvo leyendo durante una hora y después dejó el libro y llamó a una de sus mejores amigas, con la que había compartido internado durante la adolescencia y que, como ella, había tenido que pasar por la experiencia del divorcio de sus padres.

Marcó el número y esperó que su secretaria le pasara a una

entusiasmada Gabbi que deseaba saber cuándo podrían verse.

—Esta noche, si tu marido y tú pensáis ir a la exposición de Leon —sonrió Francesca. El extrovertido propietario de la galería de arte era famoso por sus veladas, a las que sólo eran invitados los personajes más selectos de la ciudad—. ¿Vais a ir? Estupendo —añadió—. Voy a cenar con mi madre, así que es posible que llegue un poco tarde.

—Pásalo bien —dijo Gabbi.

Francesca tuvo que echarse a reír ante aquel comentario irónico. Las dos se conocían muy bien.

Lo pasó bien charlando y cotilleando con su madre mientras tomaban consomé, ensalada y fruta. La permanente dieta de Sophy incluía porciones minúsculas de comida baja en calorías.

Su madre era una conversadora muy amena y siempre encontraba algo divertido que decir sobre todo lo que ocurría a su alrededor. Era normal que coleccionara hombres como otras mujeres coleccionaban joyas. Y todos ellos seguían siendo sus amigos cuando la relación terminaba. Con una excepción, Rick; su primer marido y el padre de Francesca. El era el único que no había caído rendido en las encantadoras redes de Sophy.

Un poco después de las diez, Francesca pagaba la cuenta del restaurante y acompañaba a su madre a tomar un taxi, antes de entrar en su coche.

Veinte minutos más tarde, buscaba aparcamiento frente a la elegante galería de arte de Leon en la bahía y se dirigía hacia la iluminada puerta de entrada.

Había mucha gente, charlando, bebiendo y moviéndose por todas partes.

—¡Francesca, cariño! —exclamó alguien a su lado. Era Leon, por supuesto. Francesca dejó que el hombre la abrazara y la mirase de arriba abajo para dar su aprobación—. Tienes que tomar una copa.

—¿Tan mal estoy? —sonrió ella.

—Non. Pero siempre hay que tener una copa en la mano —contestó el hombre—, aunque sólo sea de agua mineral —añadió, haciendo una seña.

Un camarero, bandeja en mano, apareció como por arte de magia.

—¿Hay algo en particular que quieras recomendarme para mi colección? —preguntó ella, tomando una copa.

—Una escultura —anunció Leon—. El escultor aún está un poco sin hacer, ya sabes, pero tiene un talento... —añadió, llevándose los dedos a los labios y lanzando un beso al aire—... tras magnifique.

Dentro de unos años sus esculturas valdrán diez, veinte veces lo que valen ahora

—sonrió el hombre—. Vamos, chérie, ve a echar un vistazo; está expuesta con el número quince. Puede que al principio no te guste, pero cuanto más la mires, más te fascinará.

Una descripción exacta, tuvo que reconocer Francesca unos minutos más tarde, insegura del atractivo de la escultura; pero tenía algo que llamaba poderosamente su atención.

Leon era un experto en arte y ella confiaba plenamente en su criterio. Gracias a él, había adquirido varias piezas de las que estaba muy orgullosa, así que se daría un paseo para ver el resto de la exposición.

Los rostros de muchos de los invitados eran familiares y Francesca saludó a algunos, sonrió a otros y siguió su camino hasta que vio a Gabbi dirigiéndose hacia ella.

— ¡Francesca!

—Gabbi! —exclamó, abrazándola.

—Cuánto me alegro de verte.

—Y yo a ti. ¿Dónde está Benedict? —preguntó.

Era raro que el marido de Gabbi no estuviera a su lado.

—Mira hacia la derecha, a unos cinco metros.

Francesca sonrió ante el tono divertido de su amiga y buscó con la mirada la alta y familiar figura del marido de Gabbi. A su lado estaba Annaliese Schubert, una modelo con la que Francesca había trabajado en las pasarelas de todo el mundo.

—¿Tu querida hermanastra está en la ciudad, dispuesta a crear el caos de costumbre? —preguntó Francesca. Seducir a Benedict Nicols parecía ser el único interés de Annaliese. Que no hubiera tenido éxito ni antes ni después de su matrimonio con Gabbi no parecía desanimarla lo más mínimo.

—Muy perceptiva —sonrió Gabbi—. ¿Qué tal en Roma?

Francesca dudó un momento antes de contestar, sin darse cuenta de que sus ojos se habían oscurecido.

—Los desfiles han sido agotadores —dijo, encogiéndose de hombros—. Y la madre de Mario perdió por fin la batalla contra el cáncer.

Gabbi y ella eran tan amigas que casi no hacían falta palabras entre ellas. Gabbi apretó su brazo y no dijo nada.

—Tenemos que comer juntas —sugirió Gabbi—. ¿Te parece bien mañana?

—Estupendo.

—Muy bien —dijo su amiga, tomándola del brazo—. ¿Te

apetece echar un vistazo para ver si encontramos algún talento oculto?

Caminaron juntas observando las obras de arte y, cuando Gabbi se paró para charlar con una amiga, Francesca se adelantó para observar un cuadro de colores brillantes.

Con la cabeza inclinada, intentaba buscar algún sentido a toda aquella explosión de color.

—Es un abstracto —dijo una irónica voz masculina tras ella.

El corazón de Francesca dio un vuelco y se volvió hacia el hombre, intentando aparentar calma.

Lo había visto en el banco, en el supermercado y de nuevo se encontraban en la galería de arte.

Dominic la había visto entrar y había estado observándola desde entonces con un interés que se tomó satisfacción cuando vio que la esposa de su socio la saludaba calurosamente. Eso haría más fácil las presentaciones.

Ella observaba en silencio aquellos rasgos tan masculinos, la recia musculatura que había dentro de un traje perfectamente cortado, los zapatos italianos, la corbata de Hermes y el Rolex de oro.

Sus ojos brillaban irónicos y en su aspecto había algo animal, en contraste con su elegante apariencia.

Era un hombre tan seguro de sí mismo que no requería de ningún símbolo de estatus. El poder emanaba de su personalidad y había en él algo primitivo, algo que hacía que su estómago se encogiera y su pulso se acelerara.

—Francesca.

El acento americano llamó su atención y se volvió, encantada de poder desviar la atención de aquella poderosa presencia masculina.

—¡Benedict! —sonrió calurosamente—. Cuánto tiempo.

—Es verdad —sonrió él, besándola en la mejilla, antes de mirar al hombre que estaba a su lado—. ¿Conoces a Dominic?

—Parece que estoy a punto de hacerlo.

—Dominic Andrea, Francesca Angeletti —hizo las presentaciones Benedict con un extraño brillo en los ojos.

El apellido hizo que Dominic la reconociera por fin.

Era griego, no italiano, pensaba Francesca. Y los dos hombres parecían ser muy amigos.

—Francesca —dijo Dominic. En sus labios, su nombre sonaba seductor, evocador, cálido. Y ella no quería sentir ninguna de aquellas emociones; especialmente por aquel hombre—. ¿Eres suficientemente valiente como para dar tu opinión sobre mi obra?

—preguntó él, tuteándola.

¿Su obra?, se preguntó Francesca. No podía ser verdad.

—Preferiría no hacerlo, porque estoy segura de que cualquier cosa que diga herirá tu ego

—sonrió ella irónica.

La risa ronca del hombre hizo que sintiera un escalofrío.

—Benedict y Gabbi tienen que llevarte a cenar a mi casa mañana.

—¿Por qué? —preguntó ella, desafiante. Si creía que iba a obedecer sus órdenes, estaba más que equivocado.

—Porque me intrigas —respondió.

—No, gracias.

—¿No sientes curiosidad por ver mi ático de artista?

—No me interesa en absoluto ver tu casa —contestó ella. Ni nada que se refiera a ti, le habría gustado añadir. Pero estaría mintiendo porque se sentía atraída hacia él. Entre ellos había una atracción tan poderosa que era imposible ignorarla.

Sus ojos eran demasiado oscuros y perceptivos y tenía la extraña impresión de que debía tener miedo de aquella mirada.

—A las ocho. Gabbi te dará la dirección—sonrió el hombre a pesar de todo, mirándola con ironía—. Y ahora, si me perdonas.

—Es un tipo extraordinario —musitó Francesca, mientras lo miraba abrirse paso hasta el otro lado de la galería.

—Es un conocido empresario —comentó Benedict—. El arte es para él un pasatiempo y dona parte de su trabajo a obras benéficas.

—Acepta su invitación —dijo Gabbi—. Si no lo haces, me dejarás sola y se pondrán a hablar de negocios.

—No creo que sea muy aburrido para ti. Tú eres un lince para los negocios.

—Venga, di que sí. A lo mejor lo pasas bien.

El instinto de Francesca le decía que no aceptara. Le gustaba su vida tal como era y no deseaba complicaciones. Aunque sería un reto interesante jugar con Dominic y ganar.

—¿Qué te parece la escultura de acero? —preguntó Benedict, para hablar de otra cosa.

Quince minutos más tarde, Francesca decidió marcharse.

—Nos veremos mañana en el almuerzo —le dijo a Gabbi.

Leon se despidió de ella efusivamente y, cuando se dirigía a la puerta, vio a Dominic hablando con una rubia de pequeña estatura.

Casi como si hubiera sentido su mirada, él levantó los ojos y la miró a través de la multitud.

En aquella mirada no había sarcasmo, sólo una seguridad

profunda que envió un escalofrío por su espalda. Era casi como si estuviera afirmando su derecho sobre ella. En silencio, le enviaba un mensaje en el que decía que disfrutaría de la batalla y de la victoria.

Tenía que ser su imaginación, pensaba Francesca mientras se dirigía a su coche.

Mientras conducía hacia su apartamento, se decía a sí misma que Dominic Andrea no entraría en su vida por nada del mundo.

Francesca se había puesto un vestido negro, medias negras y zapatos de tacón de aguja del mismo color. Se había maquillado de forma discreta. Lo que más llamaba la atención en su rostro eran los labios, pintados de rojo brillante. Las únicas joyas que llevaba eran una pulsera de diamantes y unos pendientes a juego.

Había mucho tráfico a aquella hora y, cuando pasó el puerto, tomó la autopista que llevaba a Beauty Point, la exclusiva zona residencial que ofrecía una magnífica vista de la playa.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó de repente. Se había vestido y maquillado como si fuera a un desfile para asistir a una cena con un hombre al que no quería volver a ver.

Podía dar la vuelta y llamar por teléfono, con alguna excusa. ¿Por qué no lo hacía, entonces? ¿Por qué estaba entrando a través de una verja de hierro en aquella casa situada al final de una entrada semicircular?

Todo por el insinuado reto de Gabbi la noche anterior, sobre el que había insistido durante el almuerzo. En aquel momento, ya era demasiado tarde para volverse atrás.

Francesca aparcó al lado del Jaguar de Benedict y echó un vistazo al reloj antes de apagar el motor.

Perfecto. Pasaban quince minutos de las ocho; una forma de decir que estaba allí en sus propios términos.

El timbre tenía un suave sonido musical y, unos segundos más tarde, la puerta de madera fue abierta por un ama de llaves de mediana edad.

—¿Señorita Angeletti? Por favor, entre.

Los techos altos y las paredes acristaladas daban gran sensación de amplitud a la casa, cuyas paredes estaban cubiertas de obras de arte. Cuando entraron en el salón, la alta figura de Dominic, vestido con unos pantalones oscuros y una camisa azul pálido, atrajo su atención como un imán.

—Llego un poco tarde, lo siento.

Dominic la miró a los ojos. Por supuesto, sabía que lo había hecho a propósito, pero no lo dijo y se acercó a ella sonriendo.

—No importa —dijo, indicándole que se sentara en el sofá—. Siéntate, por favor. ¿Qué te apetece beber?

—Un vaso de agua con hielo, por favor.

—¿Con gas o sin gas?

—Sin gas —contestó ella.

Benedict sonreía divertido y Gabbi le envió una silenciosa reprimenda, pero Francesca se limitó a sonreír. Dominic volvió y colocó el vaso de agua a su lado en la mesa.

—Muchas gracias —añadió con estudiada y fría amabilidad.

Unos minutos más tarde, el ama de llaves entró para anunciar que la cena estaba servida y se dirigieron al comedor.

La mesa de caoba había sido decorada con un mantel de damasco blanco, platos de porcelana, cubiertos de plata y cristalería italiana. Francesca observó la elegante tapicería de las sillas y aplaudió interiormente el buen gusto del ocupante de la casa. Como a ella, a aquel hombre le gustaba la decoración sencilla y carente de color, excepto por las obras de arte y los espejos que decoraban las paredes.

Dominic sentó a Francesca a su lado, frente a Benedict y Gabbi. Francesca siempre comía con apetito porque no tenía necesidad de hacer régimen. Aquella noche, sin embargo, apenas probó la comida.

—Tienes una casa preciosa —reconoció, admirando los cuadros del comedor.

Ninguno de ellos se parecía al abstracto que había visto en la galería de Leon.

Como si leyera sus pensamientos, Dominic dijo:

—Guardo mis cuadros en el estudio.

—¿Eso es una invitación? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Los dedos de él rozaron su muñeca cuando le sirvió agua y Francesca sintió un escalofrío que la dejó turbada. Cuando sus ojos se encontraron, tuvo que apartar la mirada.

—No me creerás tan indiscreto —contestó él con una cálida sonrisa—. No quiero desilusionarte, pero en el estudio lo único que hago es pintar. El amor lo dejo exclusivamente para el dormitorio.

—Qué... prosaico.

—¿Ah, sí? —rió él con cierta indolencia—. ¿No te parece importante la comodidad?

La imagen de una enorme cama con sábanas de raso, en la que dos cuerpos se confundían lánguidamente le vino a la mente... una visión que descartó inmediatamente.

Francesca habría deseado contestarle apropiadamente y lo

habría hecho si hubieran estado solos, pero en aquel momento simplemente sonrió, con una sonrisa falsa que no engañó a nadie, y menos que nadie a Dominic.

—No siempre.

—El pollo está estupendo —dijo Gabbi, intentando suavizar la tensión.

Francesca la miró. En sus ojos podía leerse:

«No te preocupes, Gabbi, lo estoy pasando bien».

Al hacerlo, vio la advertencia en los ojos de su amiga.

—¿Qué tal en Italia, Francesca? —preguntó Benedict—. ¿Pudiste salir de Roma?

—No —contestó ella—. Pero el mes que viene tengo que ir a Milán para presentar las colecciones de primavera.

Después de aquello, tendría que ir a trabajar a París. Aquella era su vida, como un carrusel... grandes ciudades, grandes multitudes, grandes emociones. Y, de vez en cuando, buscaba un tiempo para apartarse de todo y volver con su familia y sus amigos.

—¿Te apetece un poco más de ensalada?

¿Estaría recordándole que no estaba haciendo honor a la cena?, se preguntaba Francesca. Era absurdo dar aquella imagen de modelo fanática de las dietas cuando no lo era en absoluto, pero algo en su interior la hacía comportarse de esa forma, no sabía si para irritar a Dominic.

—Gracias —contestó ella, tomando una pequeñísima porción—. ¿Consiguió Leon vender tu abstracto? —preguntó irónica.

—No estaba en venta —contestó Dominic.

—¿Ah, no? —preguntó ella, clavando sus ojos en los ojos oscuros del hombre—. No pareces un artista.

—¿Y qué aspecto crees que debe tener un artista? —preguntó él con expresión aparentemente inocente. Lo que decían parecía no tener importancia, pero el tono estaba cargado de tensión; la tensión de estar jugando a un juego peligroso con un hombre que conocía todos los aspectos de la caza. Un predador acostumbrado a esperar el momento adecuado para lanzarse sobre su presa, conocedor de que él era quien sería el vencedor. Estaba comportándose como una tonta, se dijo a sí misma, enfadada por haber entrado en aquel juego—. Si os parece, vamos al salón a tomar café —añadió Dominic un poco más tarde.

Su duende malvado seguía trabajando cuando, en lugar de café, pidió un té.

—De hierbas, si es posible —dijo, pestañeando.

—Claro —sonrió él.

La petición no parecía tomarlo por sorpresa; incluso parecía estar esperándola. Unos minutos más tarde, ponía ante ella una taza de té casi transparente.

Era horrible, pensaba Francesca mientras tomaba el líquido a pequeños sorbos, viendo cómo Gabbi, Benedict y Dominic saboreaban el aromático café.

—¿Quieres un poco más? —preguntó Dominic.

—No, muchas gracias —contestó.

No pensaba volver a probar aquel líquido insípido en su vida si podía evitarlo.

Benedict se levantó, mirando enigmáticamente a su mujer.

—Bueno, es hora de irnos, Dominic.

—Ha sido una cena estupenda —dijo Gabbi, tomando su bolso.

Que ellos se marcharan era una excusa estupenda para que Francesca lo hiciera también y, seguramente, era lo que él esperaba. Pero aquel duende que parecía obligarla a hacer cosas extrañas le dijo que se quedara para sorprenderlo. Dominic fue a despedir a sus amigos y después volvió al salón.

Francesca lo observó mientras se sentaba con parsimonia en un sillón frente a ella.

—Gabbi y tú sois amigas hace tiempo, ¿verdad?

—¿Te apetece explorar mi pasado?

—No especialmente.

—¿No quieres conocerme en profundidad? —bromeó ella.

Dominic no contestó durante algunos segundos, deseando romper la barrera que ella había levantado, pero sabiendo que iba a necesitar paciencia para hacerlo.

—Conozco tu vida profesional —contestó—. Háblame sobre tu matrimonio.

Francesca casi se quedó sin respiración. Era un tema del que no hablaba con nadie y menos con un completo desconocido.

—¿No te lo ha contado Gabbi?

—Sólo en parte.

—Puede resumirse así: «El campeón de Fórmula 1, Mario Angeletti muerto en el circuito de Mónaco, apenas unos meses después de su boda con la modelo internacional Francesca Cardelli».

Habían pasado tres años desde aquel infausto día, pero el horror seguía siendo el mismo. Daba igual que ella no hubiera estado en el circuito aquel día, que no hubiera visto personalmente el accidente, el destrozo, el incendio posterior. Las imágenes en televisión, las fotografías en los periódicos se habían encargado de plasmar todos los detalles.

Su familia y sus amigos habían formado un escudo para protegerla durante aquellos meses y después había vuelto a las pasarelas, sabiendo que todos sus movimientos, todos sus gestos eran vigilados por los fotógrafos para advertir un signo de dolor.

Algunos incluso habían intentado provocarlo; pero ella no había bajado la guardia ni una sola vez. Sólo aquellos que la conocían bien sabían que su sonrisa no era verdadera.

—Debiste sufrir mucho en aquel momento—dijo él.

Francesca no contestó. En lugar de hacerlo, se levantó del sillón en el que estaba sentada.

—Tengo que marcharme.

—¿Te asusto? —preguntó él en voz baja, levantándose a su vez.

—No —contestó Francesca mirándolo a los ojos.

El no apartó los suyos y Francesca sintió que aquel hombre rompía todas las capas protectoras en las que había envuelto su corazón y lo dejaba al descubierto.

¿Qué le estaba pasando?, se preguntaba a sí misma. Había sabido que aquel hombre era un peligro desde el primer momento y tenía que apartarse de él.

—Me alegro de oírlo —sonrió él.

—¿Por qué?

—Porque te deseo —dijo después de unos segundos, como sopesando sus palabras.

—No suelo acostarme con alguien a quien acabo de conocer —dijo ella, dando un paso atrás.

La sinceridad de aquella frase había hecho que dentro de ella se desatara un incendio.

Aquella mujer tenía coraje y pasión, pensaba él. Guardadas, reservadas. Y él lo deseaba todo, aunque sabía que ella lucharía con todas sus fuerzas para evitarlo.

—Yo tampoco —replicó él.

Dominic observaba la diversidad de emociones en los expresivos ojos de ella. Le habría gustado que las cosas fueran diferentes, pero esperaría.Y se aseguraría que habría una próxima vez.

Francesca necesitaba escapar de allí, pero antes de hacerlo le dio las gracias por la cena, con toda la amabilidad de que fue capaz.

—Pero si apenas has comido —sonrió él.

Ella sintió una punzada de remordimiento por su infantil comportamiento. ¿Sospecharía él que había sido deliberado, que sólo había intentado molestarlo?

—Mi falta de apetito no tiene nada que ver con las habilidades de tu cocinera.

—En ese caso, muchas gracias.

Francesca salió del salón y él la siguió a unos pasos. Cuando llegaron a la puerta, él la abrió para ella con amabilidad.

—¿Qué hacías en el supermercado si tienes un ama de llaves?

Podría haber inventado cualquier excusa, pero en lugar de eso, dijo sinceramente:

—Quería volver a verte.

—Buenas noches —dijo Francesca, saliendo de la casa y entrando en su coche apresuradamente.

Le habría gustado arrancar a toda velocidad, pero no lo hizo. Una vez hubo pasado la verja de hierro, se encaminó hacia Harbour Bridge.

Aquel hombre no era más que un intruso en su vida, pensaba apretando los dedos sobre el volante, un intruso que no necesitaba en— absoluto. Pero nada parecía poder apartar a aquel hombre de sus pensamientos.

Cuando se metió en la cama tardó mucho tiempo en quedarse dormida y, cuando por fin pudo hacerlo, se despertó empapada en sudor. Había soñado con la sonriente cara de Mario poniéndose el casco y entrando en el coche para la que sería la última carrera de su vida.

Al otro lado de la ciudad, Dominic miraba las luces del puerto mientras pensaba en aquella mujer.

No podía dormir. Normalmente dormía cinco o seis horas, pero sabía que aquella noche dormiría menos que eso.

Lo que necesitaba era una estrategia. Una campaña que no dejara nada al azar. Al día siguiente llamaría a Benedict Nicols para intentar que Gabbi le dijera lo que Francesca pensaba hacer durante aquellos días.

En la guerra y en el amor, todo estaba permitido.

Capitulo 3

LOS DÍAS siguientes fueron muy tranquilos para Francesca, que salió con su amigos y disfrutó de un almuerzo con su padre en un elegante restaurante cerca de su oficina.

—¿Cómo está Madeline? —preguntó Francesca. Su madrastra no era precisamente una bruja, pero sus relaciones con ella no eran demasiado afectuosas porque ella parecía temer que le robara el afecto de Rick.

—Bien —contestó su padre sonriendo.

Mientras su padre siguiera sintiendo cariño por aquella mujer, Francesca estaba dispuesta perdonarle cualquier cosa.

—¿Y Katherine y John? —volvió a preguntar Eran sus hermanastros, y siempre había habido un gran cariño entre ellos—. Tengo muchas ganas de verlos.

—¿Te parece bien esta noche? —preguntó su padre—. John quiere que vayáis a cenar a un restaurante muy conocido para que le hagan fotos contigo y poder enseñarlas en el colegio

—Entonces, supongo que tendré que ponerme algo muy elegante —rió Francesca.

—Lo más elegante que encuentres —sonrió filosóficamente Rick Cardelli.

—Pues entonces, hecho —dijo ella, levantando su copa para brindar con su padre—. Salud, papá

—añadió, con solemnidad.

—Ecco. A tu salud —contestó él amablemente.

Estaban a punto de terminar el segundo plato cuando Francesca se dio cuenta de que alguien tras ella la estaba mirando.

Estaba acostumbrada a ser reconocida, pero aquello era diferente. El interés que despertaba cuando entraba en algún sitio no la hacía sentir aquella sensación de peligro.

Se dio la vuelta lentamente y miró a su alrededor. Unos segundos más tarde, vio a Dominic comiendo con otros dos hombres en una mesa a unos metros de ella.

En ese momento, él levantó la mirada y sus ojos se encontraron. El sonrió con aquella sonrisa irónica que Francesca conocía y ella lo saludó con un breve movimiento de cabeza antes de volver de nuevo su atención hacia el plato.

—¿Francesca?

Ella levantó la mirada al oír su nombre y se dio cuenta de que

no había oído una palabra de lo que su padre estaba diciendo.

—Perdona, ¿qué estabas diciendo?

—¿En qué estabas pensando? —preguntó su padre.

—En nada importante —contestó ella, arrugando la nariz.

—Bueno, pues ahora que por fin me estás escuchando… —rió su padre— si te apetece, puedes venir a cenar a casa el miércoles.

—Encantada.

El camarero retiró los platos y sirvió el café. Francesca controlaba cada uno de sus movimientos, sintiéndose observada por aquel hombre como nunca lo habían hecho antes.

Nadie se habría dado cuenta de cómo la turbaba la presencia de Dominic ni cuánto le habría gustado escapar de ella.

—¿Otro café?

—No, gracias —sonrió Francesca a su padre.

—Rick, ¿cómo estás? —oyó una voz de hombre a su lado. Era Dominic. Sus ojos oscuros; la expresión inescrutable tras aquella enigmática sonrisa—. Hola, Francesca —añadió, mirándola a los ojos.

Francesca sintió un escalofrío. Su presencia la había irritado y tuvo que hacer un esfuerzo para saludar con amabilidad.

Dominic se inclinó y la besó suavemente en la mejilla. El contacto fue muy breve, pero encendió algo como un fuego en sus venas, un fuego potente, eléctrico, abrasador.

Le habría gustado matarlo. De hecho, lo mataría la próxima vez que se vieran. Si volvían a verse. ¿Cómo se atrevía a besarla como si entre ellos hubiera una intimidad que no existía en absoluto?

—Os conocéis? —preguntó su padre, interesado en conocer el porqué de la extraña expresión en el rostro de su hija.

—Cenamos juntos hace un par de días —contestó Dominic con una sonrisa.

—¿Ah, sí? —preguntó su padre, intentando imaginarse qué habría entre ellos—. ¿Te apetece tomar un café con nosotros?

—Estoy con dos de mis socios. Otra vez será—dijo, mirando a Francesca—. Ahora, si me disculpáis.

—No sabía que conocieras a Dominic. En casa tenemos un cuadro suyo, el del jarrón de flores, ¿te acuerdas? A Madeline le encanta —informó su padre. Francesca recordó el cuadro en aquel momento. Lo había admirado muchas veces, sin saber que había sido pintado por aquel hombre—. ¿Nos vamos? —sugirió su padre, mientras pagaba la cuenta.

Salieron juntos del restaurante y se despidieron con un beso.

Francesca se fue de compras y por la tarde volvió a casa y

empezó a arreglarse para salir a cenar.

Le había dicho a su padre que se pondría muy elegante y eligió un vestido de seda color azul índigo, ajustado al cuerpo, sandalias de tacón y un bolso de noche de la misma tela que el vestido.

El afecto que sentían unos por otros quedó patente durante la cena familiar. Se relajó entre sus hermanastros, les dio los regalos que había comprado para ellos en Roma y, cuando un fotógrafo apareció al lado de su mesa, John se colocó al lado de Francesca con una sonrisa llena de satisfacción.

El domingo hacía un calor tremendo y Francesca se alegró de haber quedado con su madre para salir a pasear en barco. La brisa nocturna hizo que durmiera de un tirón aquella noche por primera vez y a la mañana siguiente se levantó más tarde de lo normal para empezar lo que prometía ser una semana llena de sorpresas.

Francesca golpeaba con los dedos el volante, nerviosa, en medio del tráfico. Parecía tener que pararse en todos los semáforos de la ciudad y sólo tenía cinco minutos para llegar al primer desfile para el que se había comprometido mientras estaba en Sydney.

Diez minutos más tarde, paraba su coche frente a un elegante hotel, le daba las llaves al aparcacoches y entraba apresuradamente en el vestíbulo.

En el salón, los miembros del comité discutían entre ellos sobre los cambios de última hora.

—¡Francesca, cariño! —exclamó la altísima Anique Sorensen, dama de sociedad que solía vestirse de la forma más extravagante y cara posible. Aquel año parecía decidida a cubrirse de joyas y llevaba docenas de cadenas de oro al cuello y en las manos; algo que, en cualquier otra persona, hubiera parecido de mal gusto, pero que Anique convertía en el último grito—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. Estás fabulosa, simplemente fabulosa —añadió, abrazándola y, como siempre, besando al aire, antes de soltarla—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Pregúntamelo después del desfile —sonrió nerviosa la mujer —. Aún me faltan dos modelos.

Un desfile de modelos siempre parecía algo completamente ensayado y controlado, pero tras la pasarela se escondía el mayor de los caos.

—Hay mucho tráfico —dijo Francesca, cambiándose el bolso de hombro—. ¿Quién te falta?

—Annaliese y Cassandra.

Cassandra era amable, tranquila, simpática y una estupenda

profesional. Annaliese, en cambio, era la típica modelo que iba de diva dentro y fuera de la pasarela.

—Llegarán enseguida, no te preocupes —le aseguró Francesca.

—Lo sé, querida. Pero, ¿cuándo? —preguntó Anique mirando alrededor con preocupación—. Tenemos que sentar a los invitados. En diez minutos, empezará el discurso de la presidenta de la Asociación y cinco minutos más tarde hay que empezar a desfilar.

—Todo saldrá bien.

—Necesito un cigarrillo y una copa de ginebra —suspiró—. Te juro que el año que viene no estaré en ningún comité.

—Claro que sí, Anique. Te necesitan. Nadie puede reunir a tanta gente como tú.

—Eres un cielo, Francesca —dijo la mujer con sinceridad.

Detrás de la pasarela, había el mismo caos de siempre, con perchas de ropa, accesorios y modelos por todas partes que estaban siendo peinadas y maquilladas. Los ayudantes de los diseñadores, coordinadores y estilistas iban de una a otra dando los últimos toques antes de que empezara el desfile.

Siempre había cambios de última hora, alteraciones que no estaban anotadas en ninguna parte y que, casi siempre, mejoraban el aspecto del traje y de la modelo.

Francesca comprobó los vestidos y accesorios que tenía que ponerse y el orden en que debía hacerlo antes de quitarse la ropa y empezar a maquillarse.

—Francesca, cielo —dijo una chica alta y rubia tras ella, sentándose a su lado frente al espejo. Era Cassandra—. Me va a dar un ataque.

—Hola Cassandra —sonrió Francesca—. ¿Qué te pasa?

Cassandra sacó la bolsa de maquillaje de su bolso y empezó a maquillarse.

—Mi hija tiene anginas, me he roto una uña al cerrar el coche, se me ha hecho una carrera en la media y he tardado media hora en llegar aquí —decía mientras se aplicaba brillo en los labios—. Annaliese aún no ha llegado y Anique... —se interrumpió, mirando al cielo con un gesto expresivo.

—¿Está por las nubes? —rió Francesca.

—Eso mismo.

En ese momento empezaron a oír el discurso de la presidenta de la Asociación.

—Cinco minutos —advirtió una de las coordinadoras en el momento en el que una figura vestida de rojo entraba apresuradamente—. Annaliese, ¿sabes qué hora es?

La modelo se encogió de hombros, intentando parecer apenada.

—La culpa ha sido del taxista.

—Saldrás la última, así tendrás tiempo de maquillarte —improvisó la coordinadora—. Date prisa, por favor —añadió, cambiando los nombres en su lista a toda prisa.

Francesca se puso unos pantalones cortos, una blusa sin mangas y unas sandalias blancas de tacón. Después, se colocó un chal sobre los hombros.

La Presidenta terminó su discurso y empezó la música.

—Vamos, chicas —anunció la coordinadora—. Empezamos ya. Cassandra, tú primero. Después, Francesca.

La música a todo volumen, luces de colores. La hora del espectáculo.

Era una escena familiar para Francesca. Diferentes pasarelas, diferentes ciudades, pero e] mismo trabajo. Esperó su turno, sonrió profesionalmente y salió a la pasarela. Cada movimiento, cada paso perfectamente ensayado, era una coreografía estudiada que daba a la ropa si mejor imagen.

Los diseñadores iban de acá para allá, los ayudantes fruncían el ceño y los coordinadores ayudaban a vestirse a las modelos para que todo saliera como tenía que salir.

La exhibición de trajes de novia era la más importante y cada una de ellas pasaba sola pan causar impacto.

Después, todas las modelos aparecieron juntas, los invitados aplaudieron entusiasmados y los diseñadores salieron a la pasarela para saludar. Y allí terminaba todo.

Francesca se quitó el pesado traje de novia de satén, deseando ponerse su propia ropa quitarse el maquillaje.

Pensaba comer algo ligero y después volvería a su apartamento para hacer unos largos en la piscina.

—¿Estarás en la boutique de Margo mañana?—preguntó Cassandra.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí.

—Yo no pienso trabajar gratis —dijo Annaliese acercándose a ellas.

—¿No? —preguntó Cassandra dulcemente—. ¿Y te importaría decirme cuál es tu caché?

Francesca se dio cuenta de la mirada furiosa que Annaliese lanzó sobre Cassandra.

—¿Te da envidia?

—No, bonita. A mí me gusta trabajar gratis cuando es para una

obra benéfica.

—Ya. Lo que pasa es que la publicidad te viene muy bien.

Francesca se dio cuenta de que aquella discusión podía acabar muy mal.

—Annaliese, ¿por qué no cierras la boca antes de que te la cierre yo? —preguntó Cassandra.

—Espero que lo digas en broma, rica. Porque si te acercas a mi, llamaré a seguridad.

—Es una bruja —murmuró Cassandra cuando Annaliese despareció—. No sé por qué se mete conmigo.

—Es su pasatiempo favorito, no le hagas caso

—dijo Francesca, colgándose el bolso del hombro—. Bueno, me marcho, hasta mañana —sonrió.

—Hasta mañana —se despidió su amiga.

Cuando salía del vestuario, Anique la tomó del brazo y la felicitó por el trabajo.

Amablemente, Francesca agradeció los cumplidos de varias de las invitadas hasta que por fin pudo salir del salón.

—Tengo un mensaje para usted, señorita —dijo el aparcacoches, dándole un sobre.

—Gracias —dijo ella, abriendo el sobre que contenía una misteriosa tarjeta.

Era la tarjeta de Dominic Andrea, con un número de teléfono y una simple nota que decía: Llámame. Francesca no sabía si enfadarse o echarse a reír.

Cuando llegó a su apartamento, se quitó la ropa, se puso el bikini y bajó a la piscina para relajarse. Estuvo nadando durante un rato y después subió de nuevo a su casa para darse una ducha y comer algo.

El teléfono sonó dos veces aquella tarde. La primera llamada era de su madre que deseaba que comieran juntas al día siguiente y la segunda de Gabbi, invitándola al teatro.

Capítulo 4

LA BOUTIQUE de Margo era una de las más exclusivas de la ciudad. Allí sólo podían comprar los ricos y famosos y Margo, una astuta mujer de negocios, tenía muy buen instinto para la moda. Sabía elegir lo mejor de las colecciones para su negocio.

Cada temporada, organizaba un desfile para la más selecta clientela y los modelos que se exhibían podían comprarse con un diez por ciento de descuento; otro diez por ciento era dedicado a obras benéficas.

Casi siempre utilizaba modelos desconocidas y algunas de ellas habían conseguido saltar de allí a las pasarelas internacionales. Francesca era una de ellas, así que cuando sus visitas a Sydney coincidían con el desfile de Margo, trabajaba de forma gratuita por respeto y afecto a aquella mujer.

Francesca aparcó el coche y cruzó la plaza a paso rápido, esquivando los pequeños charcos que había dejado la lluvia por la mañana. Una

elegante vendedora esperaba a los invitados las modelos en la puerta y había dos hombre de seguridad comprobando las invitaciones.

Francesca vio dos Rolls-Royces y un Bentle aparcados en la puerta, cada uno de ellos con su chofer.

—Francesca! —la saludó Margo con sincero entusiasmo—. Cuánto me alegro de verte. Cassandra acaba de llegar y las tres nuevas están como un flan.

—Ya me imagino —rió Francesca.

—Necesitan tus consejos, cariño.

Francesca recordó en ese momento lo nerviosa que ella misma se había sentido nueva años antes, la primera vez que había desfilad en la tienda de Margo.

—Lo intentaré.

—Cuento con ello.

Francesca se dirigió hacia los vestuarios, saludó a Cassandra y a la coordinadora del desfile , que la informó sobre su vestuario y sobre e orden de salida y sonrió a las tres chicas que 1 miraban a su vez con admiración. Sabía que da ría igual lo que dijera, pero intentó tranquilizarlas.

—No os preocupéis. Sólo tenéis que salir caminar con normalidad. Todo va a salir bien lo digo por experiencia.

Margo era una organizadora ejemplar y sabía rodearse de los

mejores ayudantes, así que el desfile empezó sin demasiadas dilaciones. Los invitados tomaban champán, colocados en tres filas de asientos formando un semicírculo.

Francesca fue la primera en salir y, cuando estaba dando la vuelta al semicírculo, lo vio. Vio a Dominic sentado entre el público, con un elegante traje azul oscuro y aparentemente muy cómodo, a pesar de ser uno de los tres únicos hombres en una sala llena de mujeres.

¿Qué demonios estaría haciendo allí?, se preguntaba Francesca.

Francesca caminaba con una ensayada sonrisa en los labios, Sin mirar a nadie en particular, como hacía en todos los desfiles. La cabeza alta, la espalda recta, la misma rutina de siempre.

Y, sin embargo, no podía olvidarse de aquella atractiva figura masculina cuya atención presentía y tuvo que hacer un esfuerzo para esconder el escalofrío que recorrió su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassandra mientras se cambiaban de modelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Francesca.

—Hay un hombre sentado en la tercera fila que no te quita los ojos de encima.

Durante todo el desfile, Francesca notaba los ojos de Dominic clavados en ella y se sentía expuesta y nerviosa. Algo que no había sentido hacía tiempo.

Entre ellos parecía haber una conexión física tal que sentía cómo sus ojos resbalaban por su cuerpo aun sin verlos.

Y todo ello como resultado de un par de encuentros fortuitos, un par de horas en su compañía rodeados de amigos comunes y el roce de sus labios en la mejilla. Era una locura.

Pero lo más absurdo era la sensación de haber entrado en un callejón del que no podría salir.

Eran pensamientos absurdos, se decía a sí misma. Llevaba una vida muy agradable, en la que ella tomaba todas sus propias decisiones y su corazón estaba lleno de los recuerdos de Mario. ¿Qué más podía necesitar?

Necesitaba pasión; un cuerpo cálido al que abrazarse durante la noche.

Aquel pensamiento apareció en su mente de improviso y Francesca estuvo a punto de echar a correr.

Pero no lo hizo. Su profesionalidad hizo que levantara la cabeza un milímetro más, sonriera más ampliamente y siguiera caminando y dando vueltas como si no ocurriera nada.

El evento fue un éxito, como esperaban. Todo el mundo compró

algún modelo o accesorio, que las vendedoras envolvían con cuidado y depositaban en las elegantes bolsas de la tienda.

Francesca volvió a vestirse con su ropa; unelegante traje pantalón de Armani, con zapatos

de tacón alto y, cuando salía, vio a Dominic charlando con una atractiva mujer al otro lado de la tienda. El levantó la mirada y se dirigió hacia ella.

Aquel hombre ejercía un efecto devastador en sus sentidos, tuvo que reconocer Francesca.

—Hola, Francesca.

—Hola, Dominic —sonrió ella amable, pero fríamente. El la miró con una sonrisa enigmática y tomó su mano para besarla. Poseía una sexualidad letal y eso lo convertía en un hombre infinitamente peligroso, que jugaría siguiendo sus propias reglas—. Perdona, pero tengo que irme —añadió, intentando alejarse de él.

—No.

—¿Perdón?

—No —repitió él con tranquilidad.

—Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó en voz baja Francesca.

—¿En este momento?

—Sí —contestó ella, resignada—. En este momento.

—Te estoy invitando a comer —sonrió él.

—No —dijo ella.

—Podría persuadirte para que me dijeras que sí besándote delante de todos los invitados

—dijo él sin apartar los ojos de ella.

—Si haces eso, te daré una bofetada —murmuró ella apretando los dientes.

—Merecerá la pena en todo caso —dijo él.

Sin darle tiempo a reaccionar, tomó su cara entre las manos e inclinó la cara para besarla.

No fue un beso suave, ni un roce ligero en los labios. Estaba marcando su territorio de forma posesiva, erótica e intensamente sexual.

Para Francesca aquel beso fue como un rayo que reverberó por todo su cuerpo e, instintivamente, levantó las manos para apartarlo de sí.

En ese momento, él la soltó.

—Eres...

El le impidió hablar poniéndole un dedo sobre los labios.

—Aquí no. A menos que quieras hacer una escena.

Los ojos de Francesca brillaban con furia y respiraba con dificultad. Se dio cuenta de que los invitados estaban mirándolos y le habría gustado maldecirlo cuando la tomó del brazo para salir de la tienda.

—Eres un estúpido arrogante y egoísta —le dijo en cuanto estuvieron en la calle.

—No has contestado a mi mensaje y, como tu teléfono no viene en la guía, no me has dejado otra alternativa —dijo él.

—¿Y para eso has venido aquí? —preguntó ella.

Sus ojos brillaban con furia. Le habría gustado golpearlo.

—Ha sido una experiencia interesante —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Me ha dado la oportunidad de verte trabajando

—Espero que te hayas aburrido.

—No ha sido así, te lo aseguro —sonrió él.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te gustan las cosas imposibles?

—Algo así —contestó él sin dejar de sonreír.

—Pues déjame que te diga algo —dijo ella, —intentando contener su rabia—. Estás perdiendo el tiempo.

—Eso es una cuestión de opiniones.

—Conoces a mi padre. Tenemos amigos comunes… —empezó a decir ella.

—Lo que hay entre tú y yo no tiene nada que ver con tu padre ni con ningún amigo. No tiene nada que ver con nadie más que con nosotros dos.

—No hay nada entre tú y yo —replicó ella.

—Aún no —dijo Dominic con tranquilidad—. Pero lo habrá —añadió, rozando su mejilla con la mano.

Francesca miró aquellos ojos indolentes, la silenciosa seguridad de aquel hombre que sabía lo que quería y no pensaba dejar que nada se pusiera en su camino y aquello hizo que su pulso se acelerara. Tenía que apartarse de él para pensar con claridad.

—Por favor, suéltame.

—Entonces, ¿no comemos juntos? —sonrió él.

—Tengo una sesión de fotos dentro de media hora —contestó ella—. Adiós.

Francesca se dio la vuelta y cruzó la calle. Hasta que entró en su coche, notó los ojos de Dominic clavados en su espalda.

La sesión de fotos fue agotadora porque el diseñador insistía en hacer varias tomas desde cada ángulo. Quitaban y ponían accesorios, retocaban el maquillaje y le cambiaron el peinado una

docena de veces.

—Tienes algo que hacer esta noche? —preguntó el fotógrafo—. Me gustaría hacerte unas fotos en la playa al anochecer.

Eran más de las seis y lo único que Francesca deseaba era quitarse la ropa, subir a su coche y llegar a su apartamento para darse un baño caliente, pero Tony era uno de los mejores fotógrafos de moda del momento y lo mejor sería aceptar.

—¿Puedo comer algo antes? —preguntó, resignada.

—Claro que sí, cielo —sonrió el hombre—. No soy un monstruo.

—Aunque me hayas pedido que pose para ti mañana antes del amanecer y ahora me pidas que pose también esta noche —sonrió irónicamente Francesca.

—Sabes que siempre quiero lo mejor porque soy el mejor.

El comentario era cierto, no pura vanidad. Había ganado docenas de premios y era reconocido como uno de los mejores, sino el mejor de la profesión. Juntos eran un buen equipo.

Francesca se quitó el modelo que lucía para las fotografías y volvió a ponerse su ropa antes de bajar a comer algo a un café con terraza, que daba a un hermoso parque.

Después de eso, fueron juntos en un pequeño convoy de coches hasta una playa en la que habían montado una tienda para que Francesca se cambiara de ropa.

La brisa fresca del mar hacía que sintiera un poco de frío mientras se movía, posando en posturas diferentes mientras Tony hacía las fotografías.

—Sólo un par de fotos más, Francesca. Quiero hacer alguna en blanco y negro.

El atardecer le daba una tonalidad anaranjada y después rojiza al cielo, haciendo que las sombras se ampliaran.

—Bueno, ya hemos terminado —dijo Tony a todos los miembros del equipo, que rápidamente empezaron a guardar las cosas y desmantelar la tienda.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo? —preguntó Tony—. Hay un bar a dos manzanas de aquí.

—¿Te ofenderías si te digo que no?

—Tienes una cita?

—Con mi cama. A solas —contestó ella riendo—. Y estoy segura de que mañana por la mañana me querrás descansada.

—Como fotógrafo sí —dijo el hombre—. Pero como hombre, me gustaría verte agotada y lánguida después de una noche de amor.

A Francesca le costó responder con humor a aquel comentario; no sabía por qué, pero aquello la había hecho sentir una punzada en

el corazón.

—¿Sigues insistiendo?

—Quizá uno de estos días me digas que sí.

—La próxima vez tomaremos una copa juntos, ¿de acuerdo? —dijo, besándolo en la mejilla—. Ciao, Tony. Nos vemos mañana.

Capítulo 5

EL SONIDO del despertador sacó a Francesca de su sueño y, suspirando, se dio la vuelta para apagarlo, maldiciendo a Tony y su inspiración fotográfica.

Una buena ducha despejó cualquier vestigio de sueño de su rostro y un vaso de zumo de naranja la llenó de energía. Era demasiado pronto para desayunar, así que tomó un café solo.

Vestida con un informal pantalón de algodón con camiseta a juego, sandalias planas y un poco de base de maquillaje, salió del apartamento.

Unos minutos más tarde, se dirigía en su coche hacia la playa. Lo temprano de la hora y la soledad de las calles que recorría la hicieron perderse en sus pensamientos.

Dominic. Un hombre muy atractivo, empresario de éxito y artista reconocido. No había duda de que sus habilidades se extendían a la cama... o donde fuera que mantuviera relaciones sexuales.

Así es como quería llamarlo. No amor.

Amor era una palabra que no tenía nada que ver con dos personas compartiendo cama, disfrutando cada uno del cuerpo del otro sin confianza ni compromiso alguno.

La idea de Dominic como amante despertó en ella sensaciones que creía olvidadas y encendió la radio del coche para disipar aquellos pensamientos.

En el lugar de la playa en el que iba a tener lugar la sesión había tres coches y una furgoneta tras el BMW de Tony. Las luces estaban ya preparadas, la tienda montada y, mientras se acercaba, pudo oír las voces de todo el equipo.

—Buenos días.

—Justo a tu hora —dijo Tony al verla—. Bueno, tienes diez minutos. El mismo traje de ayer, el mismo pelo, menos maquillaje.

El cielo estaba empezando a iluminarse cuando Francesca se colocó a un metro del agua para las fotografías. La arena húmeda brillaba como el metal.

Ante sus ojos las sombras iban disolviéndose poco a poco, como si un artista estuviera transformando el color del cielo con su paleta.

—Venga, hay que darse prisa. No tenemos mucho tiempo —advirtió Tony, tomando la cámara—. ¿Preparada, Francesca?

—Cuando tú digas.

Tony empezó a disparar, pidiéndole que se moviera a un lado y a otro.

—La cabeza un poco más alta. Así. No te muevas. Ahora, mírame. Sonríe. Eso es. Muy bien

—decía Tony—. Vale. Ahora quiero que sonrías más. No, no te rías. Así, perfecto. Muy bien. Muévete. Sí, otra vez. La falda, mueve la falda —seguía diciendo mientras se movía a un lado y a otro—. Tenemos que hacerlo rápido. Está empezando a amanecer —dijo, mirando al cielo durante un segundo. Cinco minutos más tarde, cerró el objetivo—. Ya está. Muchas gracias a todos.

Iba a ser un día agitado, pensaba Francesca mientras se quitaba el vestido y volvía a ponerse su ropa. Después del almuerzo, tenía que acudir a otro desfile y por la noche había quedado en ir a cenar a casa de su padre. Con movimientos rápidos, se sujetó el pelo sobre la cabeza y se puso las sandalias.

—¿Quieres que tomemos un café? —preguntó Tony cuando Francesca salió de la tienda.

—Claro —aceptó ella.

Caminaron juntos hasta los coches, donde guardaron las bolsas. Después cruzaron el paseo hasta una cafetería cercana.

—¿Café solo?

—Sí, gracias —contestó ella—. ¿Vas a estar en el desfile del Hilton?

—Me temo que sí —respondió Tony.

—Otra vez todas esas mujeres haciéndote la corte para salir en una de tus fotografías, ¿no?

—bromeó Francesca.

—Me hacen muchos regalos. Una de ellas me ofreció una vez un fin de semana en la isla Hayman.

—No me digas que lo rechazaste.

—No acepto sobornos —sonrió el hombre.

Eran casi las ocho cuando Francesca volvió a sentarse frente al volante de su coche en dirección al gimnasio. Aquello era parte de su rutina diaria y lo hacía casi sin pensar.

Cuando volvió a su apartamento, se duchó y se vistió apresuradamente antes de dirigirse al Hilton.

El desfile a beneficio de la Asociación De Lucha Contra El Cáncer era uno de los grandes eventos de la temporada y en la lista de invitados estaba lo más granado de la sociedad australiana.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, el anfitrión anunció que empezaba el desfile.

Las luces se encendieron sobre la pasarela y empezó la música.

La hora del espectáculo de nuevo.

Cuando hubo terminado, Francesca se vistió, se dejó el pelo suelto y se dirigió al salón. Con un poco de suerte, sería capaz de salir sin que nadie la entretuviera demasiado. Pero no fue así. Tuvo que saludar a todo el mundo y tardó casi media hora en poder escapar y otros treinta minutos en volver a casa.

Después de haberse cambiado de ropa más de una docena de veces durante aquella mañana le habría gustado ponerse un albornoz, comer una ensalada y ver un poco la televisión, pero no podía hacerlo.

En lugar de eso, eligió un traje de chaqueta de seda negra, unos pendientes de oro y un discreto maquillaje.

Las luces parecían darle la bienvenida mientras entraba en la casa de dos plantas estilo Tudor de su padre.

El interior reflejaba el gusto exquisito de Madeline y Francesca saludó a Katherine y John afectuosamente, besó a su madrastra y abrazó a su padre.

—Siéntate, Francesca —dijo Madeline—. ¿Qué quieres beber?

—Una copa de vino sería estupendo, gracias.

—Debe de ser Dominic. Abre la puerta, cielo —oyó que Madeline le decía a su padre—. No te importa que hayamos invitado a otra persona, ¿verdad?

—No, claro que no —sonrió Francesca.

Era lo único que podía hacer, pero se había quedado pálida al oír aquel nombre.

—Es guapísimo, ¿no te parece? —dijo Katherine con fervor juvenil. Francesca no pudo contestar porque en ese momento su padre entraba con Dominic en el salón.

Por su trabajo, Francesca estaba acostumbrada a ver hombres muy guapos, pero ninguno tenía el aura de aquel hombre. Estaba más allá de lo físico y reflejaba una sexualidad tan profunda que la hacía perder el equilibrio. Era una potente combinación, tuvo que admitir mientras admiraba su traje italiano y su corbata de seda antes de posar sus ojos en aquellas facciones que parecían como talladas.

Tenía una boca de labios generosos y unos ojos oscuros y expresivos que, en ese preciso momento, brillaban con ironía.

—Madeline —dijo, dándole la mano a la anfitriona antes de volverse hacia Francesca—. Hola, Francesca.

—Hola, Dominic —dijo ella con aparente frialdad.

—Te apetece tomar algo, Dominic? —preguntó Rick.

—Sí, gracias. Un refresco.

—Quieres conservar la mente clara? —sonrió Madeline.

—A lo mejor es que tiene una úlcera —dijo Francesca con dulzura—. Imagino que la mezcla de un temperamento artístico y la presión de los negocios deben de causar mucho estrés.

—Suelo limitarme a tomar una copa de vino durante la cena.

—Un poco aburrido, ¿no?

—¿Te gustan más los hombres cuyo juicio se ve mermado por el alcohol?

Francesca decidió que lo mejor sería hacer que la noche pasara lo más rápida y discretamente posible para poder escaparse en el momento oportuno, sin ofender a nadie.

—No sabía que ibas a cenar con nosotros —dijo, intentando ser amable.

—Madeline me ha invitado para que la aconseje sobre dónde colocar dos de mis cuadros —replicó él sin dejar de sonreír.

—¿Te dedicas a ir a la casa de todos tus clientes para decidir dónde se cuelgan tus cuadros?

—Pocas veces.

—Madeline y mi padre deberían sentirse muy honrados, entonces.

—Es posible —rió él, mirándola a los ojos—. Aunque la razón más importante para que yo esté aquí esta noche eres tú.

El observó la ligera reacción de sorpresa en sus ojos antes de que pudiera enmascarar su expresión.

—La cena está servida, señora —la interrupción de la cocinera fue más que bienvenida y Francesca suspiró aliviada.

En la mesa Francesca y Dominic fueron sentados juntos, frente a Katherine y John.

El primer plato era vichyssoise, seguida de pescado con salsa holandesa y langostinos sobre una cama de arroz. Como postre, tomaron fruta y crema al caramelo.

Una cena estupenda si no hubiera sido por la presencia de Dominic. Francesca estaba pendiente de cada uno de sus movimientos sin quererlo, del aroma de su colonia, de su presencia a su lado.

El disfrutaba alegremente de la cena, haciendo a Katherine y John partícipes de la conversación, algo que los chicos agradecían enormemente.

Madeline estaba radiante. Le encantaba tener invitados de fama y fortuna a su mesa y los dos que tenía en aquel momento aseguraban ambas cosas. Rick, viendo la felicidad de su esposa, se volvió más locuaz a medida que avanzaba la noche.

—Tomaremos café en el salón —dijo Madeline, levantándose.

Todos la imitaron y, al hacerlo, Dominic sostuvo la silla de Francesca, que ni esperaba ni deseaba aquella cortesía, y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse cuando él la tomó del brazo para acompañarla al salón.

—Katherine, John —dijo Madeline—. Si queréis, podéis ir a ver la televisión.

Una madre ejemplar, pero muy directa. La corrección y las buenas maneras eran algo en lo que siempre había insistido, pero decía mucho de los niños el que ninguno de los dos aceptaran la excusa para marcharse.

Se quedaría quince minutos más, decidió Francesca, antes de dar las gracias y marcharse.

Había sido un día muy largo y al día siguiente, después de comer con su madre, había aceptado formar parte de un jurado de caras nuevas.

El viernes, sábado y domingo los tenía libres y había decidido que no los compartiría con nadie. Iría a la peluquería, al salón de belleza y a la masajista.

Sin darse cuenta, sus ojos se encontraron con los de Dominic y se dio cuenta del calor sensual que desprendían.

Francesca terminó su café y se levantó.

—Si no os importa, tengo que marcharme —sonrió mirando a su padre y a Madeline—. Muchas gracias por la cena.

—Lo mismo digo —dijo Dominic, levantándose del sillón—. Ha sido muy agradable —añadió, estrechando la mano de Rick. ¿Por qué se marchaba él al mismo tiempo que ella?, se preguntaba Francesca, mientras se despedía de su familia y salía de la casa—. ¿Te estás escapando? —preguntó él con cierto tono irónico, colocándose a su lado en los escalones. Ella sacó unas llaves del bolso y pasó al lado de un Lexus negro hacia su coche—. ¿Has tenido un mal día?

—No creo que eso sea asunto tuyo —contestó ella, entrando en el coche.

—Sí lo es, Francesca —dijo él, apoyando una mano en el techo del coche e inclinándose hacia ella.

—Me he levantado a las cuatro de la mañana para hacer una sesión de fotografías en la playa y después he tenido que acudir a un desfile antes de venir a cenar con mi familia.

—Y con un invitado.

—Un invitado inesperado —corrigió ella.

—Que hubieras preferido que no estuviera.

—A lo mejor quieres contarme cómo has conseguido que te inviten —dijo ella arrogante.

—Tengo negocios con tu padre y a Madeline le gustan mis cuadros, así que no me fue difícil.

No, claro que no, pensaba ella. No habría sido en absoluto difícil para un manipulador como él. Lo miró a la cara y, de repente, aquella sonrisa hizo que sintiera un nudo en el estómago.

—¿Qué será lo próximo? —preguntó ella irritada—. ¿El típico «tu casa o la mía»?

—Esperas que te diga: «Ven conmigo a la cama y sabrás lo que te has estado perdiendo»? Yo no soy de ese tipo de hombres.

—¿Con ninguna mujer?

—Contigo no —declaró él, con énfasis antes de tomarla por la barbilla—. Bueno, ¿te parece que empecemos de nuevo? Mañana...

—No habrá ningún mañana —lo interrumpió ella con voz ronca.

—Sí —replicó él con seguridad—. Sí lo habrá. O pasado mañana, o el día siguiente. La semana que viene. Cuando sea.

Francesca lo miró a los ojos largamente y vio la calma con la que el hombre la observaba, sintiéndose expuesta como no se había sentido en su vida. Sentía miedo, aprensión y una extraña premonición, casi como si algo le dijera por dentro que aquél era el hombre destinado para ella.

No quería pensar en ello, en él, ni en lo que representaba. Necesitaba tiempo para pensar, para evaluar. Decirle que sí a aquel hombre la llevaría por un camino que temía recorrer.

—Me temo que tu insistencia no llevará a ningún sitio.

—¿Eso crees?

—Lo sé perfectamente.

—Entonces, hagamos la prueba. Acepta comer conmigo. El día que elijas —la retó.

Muy bien, pensó Francesca decidida. Si eso lo convencía de que no estaba interesada en absoluto, comería con él. Además, estar juntos a la luz del día era seguro y siempre podía buscar una excusa de trabajo para marcharse lo antes posible.

—El viernes —dijo con determinación—. Elige el restaurante y nos veremos allí.

—Claude's, en la calle Oxford. A las dos —dijo él sin pensar un segundo.

Claude's era un elegante restaurante francés, en el que había que reservar mesa con días de antelación.

—Muy bien —murmuró ella, encendiendo el motor.

El cerró la puerta del coche y se apartó.

Unos segundos más tarde, Francesca salía a través de la verja de la casa y se perdía entre el tráfico.

Las luces de las farolas se mezclaban con las luces de neón que iluminaban el centro de la ciudad. Los ferries atravesaban las aguas oscuras de Puerto Jackson y un enorme barco derramaba sus luces y la alegría de la gente a bordo mientras era remolcado a puerto.

Francesca recordaba otro puerto en otra ciudad, al otro lado del mundo. Otro coche, un Ferrari Testarossa, conducido por Mario por las colinas de Roma. Y cómo ella se había emocionado al ver aquel paisaje, cómo había reído llena de vida y cómo habían volado en aquel coche para llegar a casa y hacer el amor.

Locos días felices que nunca volverían. Incluso entonces había sabido en su interior que la intensa llama de aquel hombre no estaba destinada a durar.

Eran casi las doce cuando aparcó el coche en el garaje y subió a su apartamento. Se quitó la ropa y el maquillaje, se puso un camisón de seda y se metió entre las sábanas.

Capítulo 6

SOPHY, su madre, era una mujer sofisticada, a la que encantaba ser objeto de admiración y, por ello, acudía siempre a los lugares más elegantes y concurridos de la ciudad.

Francesca estaba esperándola en el restaurante, sentada en una cómoda butaca.

Su madre llegaría tarde. Después de tantos años, todo el mundo sabía que Sophy carecía de la noción del tiempo. Siempre tenía alguna excusa que daba con la mayor naturalidad y todos, amigos y familiares, se habían acostumbrado a perdonarla por ello.

Sólo la había hecho esperar veinte minutos, pensó Francesca irónicamente, mientras la observaba entrar en el establecimiento. En otras ocasiones había tenido que esperarla más de una hora.

Llevaba el pelo recogido y sus exquisitas facciones y su esbelta silueta eran envidiadas por mujeres con veinte años menos que ella. Además, vestía muy bien y siempre despertaba admiración.

—Lo siento, cariño —se disculpó despreocupadamente su madre, sentándose frente a ella—. Armand... ya sabes cómo son los franceses, sólo piensan en l'amour.

—Creí que no pensabas volver a salir con un francés —comentó Francesca divertida.

—Ya, pero es que son tan gallant —sonrió su madre—. Además, en la cama es fantástico.

—Me alegro.

—Sí. Yo también —dijo su madre con un brillo de humor en los ojos. Francesca se preguntaba resignada si aquel Armand le duraría tanto como su predecesor un hombre al que su madre aguantó durante el tiempo récord de diez meses—. bueno, dime cómo has encontrado a tu padre. La última vez que nos vimos lo encontré... —Sophy hizo una pausa— un poquito mayor. Le recomendé que fuera a ver a mi cirujano plástico pero ya te puedes imaginar la respuesta. Madeleine es tan exigente y, además, con los niños...

Francesca no pensaba entrar en aquella discusión por nada del mundo.

—¿Te apetece un café, mamá?

—Sí, por favor —contestó, mirándola con ojos de experta—. Hay algo diferente en ti. Sí, desde luego que sí. Un hombre, ¿verdad?

Un hombre. Parecía una descripción un poco insípida para alguien del calibre de DominiC.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Francesca, intentando que sus

ojos no reflejaran sus pensamientos.

—¿Tengo razón?

—No.

—Ya —declaró Sophy con una sonrisa antes de cambiar de conversación.

Frecuentar los cafés de moda aseguraba interrupciones sin fin para saludar a diversos amigos, pero las presentaciones raramente incluían que Francesca era la hija de Sophy. Su verdadera edad era algo que su madre guardaba celosamente. ¿Cómo iba a reconocer una mujer que aparentaba apenas treinta años tener una hija de veinticinco?

Media hora después, Armand fue a buscar a su amour y Francesca se preguntó cómo su madre no se daba cuenta de lo exageradamente atento que era, lo exageradamente suave y falso.

En cualquier caso, hacía tiempo que Francesca había dejado de preocuparse por los novios de su madre. Ella ya era mayorcita para saber lo que hacía.

«Pasado mañana... el día siguiente... cuando sea». Las palabras de Dominic se repetían en su mente mientras ella consideraba la idea de llamarlo y anular la cita.

Pero tenía la sensación de que lo único que conseguiría sería aplazar lo inevitable.

Quizá lo mejor sería terminar cuanto antes. Hablarían, comerían y descubrirían que, fuera lo que fuera que él pensaba que tenían en común, no existía. Aunque ni ella misma lo creía.

Lo que había entre ellos era una química primitiva, pura y simple. La cuestión era qué iba a

hacer ella al respecto y, sobre todo, qué iba a permitirle hacer a Dominic.

¿De qué tenía miedo? Buena pregunta, se dijo a sí misma mientras entraba en Claude's y era saludada por el maitre.

—Sí, el señor Andrea ya ha llegado —sonrió el hombre—. Sígame, por favor.

Dominic la observaba mientras se dirigía hacia él sin perder detalle de las cabezas que se volvían admirativas a su paso.

La experiencia le había enseñado que el envoltorio no siempre correspondía con lo que había en el interior y que el deseo físico era completamente insatisfactorio si no había amor. Por ello, se negaba a conformarse con las relaciones fugaces.

Cuando estuvo a su lado, se percató del nerviosismo que había tras aquella hermosa y pulida fachada y se dio cuenta de que le gustaba que se sintiera así.

—Hola, Francesca —dijo levantándose.

—¿La señorita desea algo de beber? —preguntó el maitre, después de haber apartado la silla para que se sentara.

—Agua sin gas, por favor.

—Enseguida —informó el maître con gravedad.

Las luces eran cálidas, las mesas pequeñas. Y Dominic parecía estar demasiado cerca.

Francesca lo miró con atención y sus rasgos le parecieron mejor esculpidos, la estructura de su cara más pronunciada bajo la suave iluminación. Los ojos oscuros, el cabello oscuro y el traje oscuro acentuaban la anchura de sus hombros y enfatizaban una musculatura que la mayoría de los hombres envidiarían.

Un hombre complejo, se decía a sí misma, capaz de la mayor de las violencias y de la mayor ternura. Su pintura evidenciaba aquello, porque era capaz de crear abstractos a grandes y violentos brochazos y crear otros cuadros con ligeros roces del pincel que hacían difícil de creer que el artista fuera la misma persona.

¿Y cómo hombre, como amante? ¿Sería violento y salvaje o sensible y cariñoso? ¿Controlaría siempre sus emociones? Y, sobre todo, ¿deseaba ella que lo hiciera?

Pero, ¿por qué estaba haciéndose aquellas preguntas?, se decía a sí misma, sorprendida.

Con cierta irritación, tomó el menú y empezó a leer.

—Si te digo que estás preciosa, ¿te enfadarás? —preguntó él con cierta ironía.

—Probablemente —dijo ella, bajando el menú y mirándolo a los ojos.

—Entonces, —rió él— ¿te parece que charlemos sobre cosas sin importancia o prefieres comer en silencio?

—Puedes contarme lo que hiciste ayer y yo lo haré también —replicó ella con estudiada solemnidad.

—¿Ayer? Fui a Melbourne a una reunión, después comí con dos de mis socios, volví a Sydney y por la tarde jugué un poco al tenis.

—Tenías que haber alargado eso un poco más, no condensarlo en diez segundos.

—¿Y tú? —preguntó él, tomando un poco de vino.

—Tomé parte en un jurado de caras nuevas y comí con mi madre.

—¿No estuviste buscando una excusa para cancelar la cita de hoy?

—Sí —contestó ella con sinceridad.

—Tal amenaza soy para ti?

—Me pones nerviosa —contestó ella, sin pensar.

—Me alegro.

—Estamos comiendo juntos. Nada más —advirtió ella.

—Por ahora —dijo él—. ¿Has decidido ya le que quieres comer? Yo te recomiendo los caracoles.

—No, gracias.

El camarero tomó nota de lo que deseaban y se alejó.

—¿Tienes algún plan para el fin de semana?

—Quiero estar tranquila. No pienso ver a nadie. Ni familia ni amigos.

—¿Unas vacaciones?

—Algo así.

Comieron casi en silencio; Dominic no apartaba los ojos de ella y Francesca se sentía más nerviosa que nunca, pero tampoco nunca se había sentido tan atraída por un hombre.

—Benedict y Gabbi me han dicho que hay una función benéfica mañana por la noche y han insistido en que vayamos con ellos —sugirió él.

—¿Y piensas que voy a aceptar?

—No lo sé. Sólo quería proponértelo.

—Y sin duda pretendes endulzar la invitación, añadiendo la presencia de dos de mis mejores amigos.

El camarero retiró los platos y les ofreció el postre, pero ambos declinaron, decidiéndose por un café.

—Un sencillo sí o no será suficiente —bromeó Dominic.

Siempre parecía saberlo todo de antemano y decidió que iba a sorprenderlo.

—Sí —dijo con una amplia sonrisa.

El no pareció sorprendido en absoluto, ni hubo nada en su expresión que indicara la satisfacción que le había producido su respuesta.

—Dame tu dirección e iré a buscarte —dijo simplemente.

Aquel hombre la hacía sentir emociones contradictorias, pensaba con ironía mientras intentaba aplacar el nerviosismo que sentía en su interior.

Cuando salieron del restaurante y estaban al lado de su coche, Dominic se inclinó sobre ella para darle un beso de despedida. Sería un beso breve, apenas un roce y estaba preparada para aceptarlo, sonreír y desaparecer de su vista. Pero no lo estaba; no estaba preparada para la firmeza de unos labios que parecían despertar en ella deseos desconocidos. Con aquel beso parecía querer hacerla suya y, sin darse cuenta, Francesca entrelazó las manos tras el

cuello del hombre, mientras él la apretaba fuertemente contra su pecho; todo su cuerpo parecía estar en llamas. Cuando Dominic apartó sus labios, Francesca se sintió perdida durante unos segundos —. Hasta mañana —le recordó él suavemente— a las seis y media. Conduce con cuidado.

No parecía afectado en absoluto, mientras Francesca se sentía como si una ola la hubiera lanzado contra la playa, dejándola sin respiración.

Intentando mostrarse lo más calmada posible, encendió el motor y desapareció entre e tráfico.

Tardó algunos minutos en volver a respirar con normalidad. Más tarde aquella noche, mientras estaba tumbada en la cama sin poder dormir, seguía sintiendo en sus labios aquel beso posesivo, la huella del cuerpo del hombre contra el suyo y la intoxicación de sus sentidos.

Francesca se despertó temprano y, tras un buen desayuno, se duchó y se vistió antes de dirigirse al salón de belleza.

Después de comer algo, dio un paseo por una de las calles más elegantes de la ciudad, en la que estuvo mirando algunas tiendas de moda. Le gustó mucho un vestido y, con ojo profesional, se lo imaginó puesto en su hermanastra. Sonrió pensando en la cara de alegría de la joven cuando viera el regalo.

Después de tomar un café con Margo, entró en el coche para volver a su apartamento. El sol brillaba con fuerza y, cuando Francesca buscó las gafas de sol, se dio cuenta que no las llevaba sobre la cabeza. Miró en el bolso y, al ver que tampoco estaban, maldijo en voz baja.

La sensibilidad de sus ojos a la luz a veces le causaba un dolor de cabeza que tardaba horas en desaparecer.

Cuando llegó a su apartamento tomó un analgésico y, media hora más tarde, como el dolor de cabeza no desaparecía, buscó en el bolso la tarjeta de Dominic para cancelar la cita.

—Dígame —contestó él. Intentó explicarle la situación lo más rápidamente posible, pero él la interrumpió—. Estoy cerca de tu apartamento. Llegaré enseguida.

—No, por favor… —intentó decir ella, pero él ya había colgado.

Cuando sonó el interfono y Dominic se identificó, Francesca pulsó el botón y lo esperó en la puerta decidida a no permitirle la entrada. Pero cuando él vio su cara pálida y las marcas oscuras alrededor de los ojos, la empujó suavemente hacia dentro y cerró la puerta.

—Te encuentras mal, ¿verdad? —dijo, besándola suavemente en

la frente—. ¿Has tomado alguna pastilla? Vamos, te llevaré a la cama.

—No, al sofá —susurró, rindiéndose ante la insistencia del hombre.

Ignorándola, Dominic la tomó en brazos y se dirigió al dormitorio. Sin decir una palabra, apartó las sábanas y después, ignorando sus protestas, le quitó el albornoz y la depositó en la cama.

—¿Estás cómoda?

—Sí —susurró. La medicación la dejaba en estado letárgico y no tenía fuerzas para luchar.

Dominic la cubrió con la sábana y después se sentó en una butaca a su lado, con expresión enigmática.

Se quedaría un rato y, cuando estuviera profundamente dormida, se marcharía.

Con los ojos cerrados, el rostro de Francesca tenía un aire de paz aumentado por sus bellos rasgos clásicos, su piel clara como el alabastro y una boca generosa que era una promesa.

En sus facciones había una vulnerabilidad que ella intentaba ocultar a todo el mundo y, sobre todo, a él. Una fragilidad que hacía que Dominic sintiera en su interior una enorme necesidad de protegerla.

El quería formar parte de su vida, quería ganarse su respeto, su confianza. Y su amor. Para siempre. Quería un compromiso con ella. Matrimonio. Lo había decidido el primer día.

Pero sabía que, tras una unión que había terminado trágicamente, no iba a ser fácil convencerla de que lo que sentía por ella era amor, no simple deseo físico.

Media hora más tarde, salió del apartamento sin hacer ruido y se dirigió a su casa.

La luz del sol se filtraba a través de las cortinas, iluminando la habitación, cuando Francesca se despertó.

Un zumo de naranja la reanimó y después encendió la cafetera, puso unas rebanadas de pan en el tostador y empezó a comerse un plátano mientras esperaba.

Al mismo tiempo, pensaba en las inauditas atenciones de Dominic y en su presencia en la habitación antes de que la medicación hubiera surtido efecto por completo. ¿Cuánto tiempo se habría quedado? ¿Y por qué? No estaba segura de querer conocer la respuesta.

El teléfono sonó dos veces mientras estaba en la ducha y cuando escuchó el contestador, comprobó que la primera llamada era de

Dominic y la segunda de Gabbi.

Llamó primero a su amiga para disculparse por su ausencia la noche anterior.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó ésta preocupada.

—Completamente repuesta —contestó Francesca alegremente—. ¿Qué tal anoche?

—Un éxito completo —contestó su amiga después de una brevísima pausa.

—Dime la verdad, Gabbi. Me da la impresión de que Annaliese estuvo haciendo de las suyas.

—Me temo que sí.

—Pues, aunque no te guste, me parece que vas a tener que encararte con esa chica.

—¿Alguna sugerencia?

—Dale un puñetazo en la nariz.

—¿Así de fuerte? —rió su amiga—. ¿No ha pensado en las repercusiones?

—A Benedict no le importaría lo más mínimo, así que sugiero que te afiles las uñas —rió Francesca.

—Ya lo he hecho —rió su amiga al otro lado del hilo.

Cuando se despidieron y Francesca estaba a punto de marcar el número de Dominic, el teléfono volvió a sonar.

—Buenos días, Francesca —la voz de Dominic hizo que su pulso se acelerara—. ¿Has dormido bien?

—Sí. Gracias a ti —contestó ella amablemente.

—¿Por qué me das las gracias exactamente?

Su indolente pregunta hizo que se le pusiera la piel de gallina. ¿Por qué estaba dándole las gracias? ¿Por haberla llevado a la cama? ¿Por haberse quedado con ella hasta que se había quedado dormida?

—Gracias, simplemente.

—Te apetece ir de merienda conmigo?

—Si me niego, ¿te encerrarás en tu estudio para pintar?

—Algo así —rió él.

—Tengo otra idea —dijo ella, enervada por la risa ronca del hombre—. ¿Qué te parece si voy a verte pintar y después vamos a merendar?

—Quieres verme trabajando?

—Tú me has visto a mí.

—Verte a ti en la pasarela es mucho más interesante que verme a mí rodeado de pinturas, te lo aseguro.

—Hacemos un trato o no?

—De acuerdo —respondió él.

—Saldré dentro de cinco minutos. Mientras sacaba unas gafas de sol de la cómoda, se preguntaba si debería llevar algo de comida.

En su frigorífico no había nada más que fruta, queso y pan congelado, así que lo mejor sería que parase a comprar algo de camino.

Y eso fue lo que hizo. Cuando llegó a la casa de Dominic, llevaba varias bolsas de comida en la mano.

—Te había invitado a merendar, no a que trajeras la merienda —rió él, tomando las bolsas.

—Te debo una comida.

—No me debes nada.

—¿Cómo que no? Yo soy una chica muy independiente —rió ella, mientras lo seguía hacia la cocina para guardar las cosas en el frigorífico.

Francesca observó que Dominic iba aquel día vestido con pantalones vaqueros y una camiseta, un atuendo informal que le daba, si eso era posible, un aire aún más masculino. Cuando entraron en su estudio, Francesca tuvo que reconocer que era el sueño de cualquier artista. Las ventanas llegaban hasta el techo, que también era de cristal, para dar a la habitación toda la iluminación posible. Por todas partes había pinceles, brochas, tubos de pintura, telas, marcos, todo colocado siguiendo un orden estricto.

En el suelo de madera sin barnizar había manchas de pintura.

—¿Necesitas pintar en silencio?

—Depende del día y de la inspiración —contestó Dominic, mirándola a los ojos.

Aquél era su santuario, una habitación que revelaba más sobre él de lo que hubiera deseado. Y por eso, muy poca gente podía entrar allí.

—Dime dónde prefieres que me siente mientras tú pintas.

—¿No quieres explorar?

—Imagino que si quieres enseñarme algo, lo harás —dijo Francesca.

—Siéntate —le pidió él con una sonrisa.

Ella lo hizo y se quedó observando cómo, poco a poco, Dominic convertía una tela blanca en un complejo laberinto de colores. Primero un color determinado, cubriendo la tela y después anchas pinceladas de colores diferentes. Parecía muy sencillo; cubría la tela con movimientos seguros. Pasó una hora y después otra y ella seguía allí sentada, absorta viéndolo pintar. Daba igual si uno conocía el proceso de creación de un abstracto o su simetría; lo

emocionante era el proceso creativo. Por fin, él se dio la vuelta satisfecho.

—Ya es suficiente por hoy —dijo, mirando el cuadro y dejando los pinceles. Después, se acercó al lavabo y se quitó la pintura de las manos—. Voy a ducharme y, mientras tanto, tú puedes guardar las cosas en la cesta —añadió, precediéndola por el pasillo.

Diez minutos más tarde, volvió a aparecer, vestido con pantalones de sport y un polo de manga corta. Condujeron hacia el norte, hasta una pequeña playa que parecía casi desierta.

—¿Tienes hambre? —preguntó, mientras extendía una manta sobre la arena.

—Estoy a punto de desmayarme.

Francesca empezó a sacar las cosas de la cesta, mientras él abría una sombrilla y la clavaba firmemente en la arena.

—¿Quieres un refresco?

—Sí, por favor —aceptó ella con una sonrisa. F

rancesca se sentía cómoda a pesar de la soledad del lugar. Cómoda y relajada. Algo que no sentía desde hacía tiempo. Por dentro sabía que debía estar en guardia porque, en cualquier momento, la intimidad entre ellos podía tomar un rumbo inesperado y ella necesitaba la oportunidad de conocer un poco más a aquel Dominic Andrea, el hombre más insistente del mundo

—Háblame de ti.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él, mirándola a los ojos.

—Dónde naciste, dónde vive tu familia.

—Nací en Atenas. Mis padres emigraron a Australia cuando yo tenía siete años y tengo dos hermanas pequeñas, una de ellas vive en Estados Unidos y la otra en Santorini. Mi madre volvió a Grecia cuando mi padre murió, hace cinco años.

—¿Los ves a menudo?

—Todos los años.

—¿Tienes sobrinos?

—Dos sobrinas y dos sobrinos, desde seis meses a cuatro años —sonrió. No era difícil imaginarlo jugando a la pelota con un niño o colocándose a sus sobrinas sobre los hombros—. ¿Y tú?

—Nací en Sydney y me crié aquí. Tengo dos hermanastros del segundo matrimonio de mi padre y una madre que se ha casado varias veces —contestó ella, con una sonrisa.

—¿Te apetece que demos un paseo? —preguntó él.

Ella asintió con una sonrisa y caminaron de la mano por el borde del mar. Una suave brisa jugaba con su pelo y con el suave tejido de su blusa.

Intercambiaron anécdotas, rieron juntos y Francesca se dio cuenta de que entre ellos parecía estar naciendo una auténtica amistad que no tenía nada que ver con la atracción sexual que, obviamente, sentían el uno por el otro.

Pero ese sentimiento seguía allí, cada vez más cerca de la superficie. Francesca incluso se daba cuenta de que, a veces, le resultaba difícil respirar. Parte de ella deseaba dejarse llevar por sus emociones, sin pensar en las consecuencias, pero después la lógica la persuadía de que tuviera cuidado.

Eran casi las cinco cuando volvieron al coche.

Cuando Francesca iba a abrir la portezuela él la tomó en sus brazos con fuerza y, durante un segundo, antes de sentir la boca del hombre sobre la suya pudo ver el brillo oscuro y profundo de sus ojos.

La besaba suavemente, sin querer asustarla, esperando pacientemente su respuesta, aunque ella sabía que detrás de aquella paciencia había un deseo de posesión más fuerte del que había sentido nunca en ningún hombre.

Francesca sintió que su cuerpo la traicionaba, que su pulso se aceleraba y, cuando el deseo se apoderó de ella, empezó a devolverle el beso, disfrutando locamente con el roce de sus lenguas en un baile que pronto empezó a imitar el acto sexual.

El grado de excitación del hombre fue patente al apretarse contra él y Francesca tuvo que ahogar un gemido cuando Dominic deslizó las manos y apretó sus nalgas para colocarse aún más cerca.

Y entonces empezó a moverse, lentamente, creando una fricción tan evocadora que la barrera de ropa se hacía casi insoportable.

Introduciendo una mano por su blusa, acarició su pecho y después apartó el sujetador de encaje para juguetear con el sensible pezón.

El gemido ahogado de ella era todo lo que él necesitaba y empezó a besarla con auténtico ardor, tomando posesión de su boca.

Nadie la había besado nunca con aquella pasión, aquel deseo que parecía a punto de desbocarse. Ninguno de los dos se daba cuenta de dónde estaban, completamente absortos el uno en el otro.

Sólo la voz de un niño cerca de ellos consiguió que recuperasen la sensatez.

—Dominic —susurró, sin respiración.

—Lo sé —dijo él, jadeando.

Con esfuerzo, se apartó y abrió la puerta del coche. Después, dio la vuelta y se dirigió hacia el asiento del conductor.

Francesca no podía creer que se hubieran comportado como dos adolescentes y no quería ni pensar en lo que hubiera ocurrido si no hubieran sido interrumpidos. El se dio cuenta de lo que estaba pensando y decidió que era el momento de hablar. Con un suave movimiento, giró el volante a la derecha y paró el coche a un lado de la carretera.

—¿Por qué paras?

—No vuelvas a encerrarte en ti misma, Francesca.

—¿Qué quieres que diga? ¿Es una pena? —preguntó, levantando la barbilla—. O quizá prefieras que hable del tiempo.

—Yo te deseaba y tú me deseabas a mí. Si es culpa de alguien, es de los dos.

—Parecíamos dos animales en celo. Y en medio de la playa, delante de cualquiera que hubiera pasado a nuestro lado.

—Completamente vestidos —le recordó él—. Y sin perder el control.

¿Sin perder el control?, pensaba Francesca incrédula. ¿Y cómo sería entonces cuando lo perdiera?

—Bueno, vamos a dejarlo.

—Como quieras —dijo él con ironía mientras volvía a poner el coche en marcha. En cuanto se detuvieron frente a la casa de Dominic, Francesca saltó de su asiento—. Salir huyendo no solucionará nada.

—Es posible, pero en este momento quiero irme a casa —dijo ella.

—Pienso volver a verte.

Lo había dicho con tal seguridad que Francesca no podía creerlo.

—Tengo que hacer un desfile el martes y es necesario que descanse bien el día anterior.

Dominic la siguió hasta su coche y la tomó por los hombros. Francesca hubiera deseado apartarse, pero él la besó de tal forma que la dejó sin aliento.

Que era lo que pretendía.

Aquello la asustó y se dio cuenta de que entre ellos había más que una simple química, era una alquimia primitiva tan intensa que no sabía cómo justificarla.

—El martes por la noche, entonces. Ir a buscarte —afirmó suavemente Dominic.

Francesca era incapaz de decir una palabra y le temblaban las manos cuando se sentó al volante. Salió de allí tan rápidamente como pudo, dándose cuenta de que su respiración era tan agitada como los latidos de su corazón.

Capítulo 7

EL DESFILE del martes fue todo un éxito y transcurrió sin un solo traspié aparente. Aunque en el vestuario no fue así. Annaliese llegó tarde y con uno de sus peligrosos ataques de mal humor. Aquella vez se cebó en uno de los jóvenes diseñadores y lo dejó convertido en un manojo de nervios. Ninguno de los vestidos que le habían asignado le parecía bien e insistía en hacer cambios de todo tipo, lo que provocó una situación de tensión no sólo entre los diseñadores y sus ayudantes, sino en el resto de las modelos. No fue la peor situación que había presenciado Francesca, pero casi.

Tardó algún tiempo en elegir qué ponerse aquella noche. ¿Debería ir vestida con algo sencillo o sería mejor llevar un traje sofisticado?

Tenía tal nudo en el estómago que estuvo a punto de llamar para cancelar la cita con Dominic, pero sabía que, si lo hacía, él se presentaría en su casa.

Tras grandes deliberaciones, eligió un elegante traje pantalón de seda color verde esmeralda y unos zapatos de tacón del mismo color.

A aquella hora no había demasiado tráfico y Francesca paró el coche frente a la puerta de la casa de Dominic a las siete en punto.

No se había sentido tan nerviosa desde los primeros tiempos de su carrera como modelo. Tenía que calmarse, se decía a sí misma mientras pulsaba el timbre.

—Hola —dijo con su mejor sonrisa cuando él abrió la puerta.

Vestido con unos pantalones oscuros y una camisa de seda de color crema, él parecía tan cómodo y relajado que Francesca estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Pero no lo hizo.

—¿Has tenido un mal día?

—Se puede decir que sí.

—¿Quieres contármelo?

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Déjame adivinarlo. Una de las modelos se puso histérica y el diseñador montó un escándalo —sonrió Dominic—. ¿Algo así?

—Más o menos.

—¿Quieres beber algo? —dijo, acompañándola al salón.

—Un poco de vino, por favor.

Se sentía demasiado inquieta para sentarse y cruzó la habitación para examinar un pequeño cuadro que había llamado su atención. Era un paisaje precioso, en delicados tonos azules y lilas. Miró la

esquina derecha para comprobar la firma y se quedó sin aliento. No había duda de que era un original.

—¿Te gusta Monet?

Dominic se había acercado a ella por detrás sin hacer ruido y Francesca podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿A quién no? —preguntó, dándose la vuelta lentamente—. Salud —brindó cuando él le dio su copa.

Más tarde, cenaron en la terraza y, como postre, Dominic se presentó con una copa de helado de vainilla con chocolate, su favorito.

—Te has acordado —sonrió ella.

—Espero que esta vez comas algo —dijo él devolviéndole la sonrisa.

—No te preocupes por eso.

La vista del puerto era magnífica a aquella hora, cuando el sol empezaba a ponerse en el horizonte y las sombras del atardecer parecían cubrirlo todo con su neblina dorada. Se habían encendido las luces de las farolas y sus luces blancas, perfectamente colocadas en una línea recta interminable, se extendían hasta donde llegaban sus ojos.

Al día siguiente, pensó suspirando, tendría que tomar un avión a las seis de la mañana para asistir a un desfile en el hotel Sheraton Mirage de Costa Dorada, seguido de una sesión fotográfica y un cóctel con la agencia que la había contratado.

—¿Café?

—Sí, por favor —contestó ella, acompañándolo a la cocina.

Francesca seguía todos sus movimientos como hipnotizada, observando la anchura de sus hombros, la musculatura de la espalda confinada dentro de la camisa. Siguió hacia arriba, hacia su mandíbula cuadrada, la boca sensual. Cuando lo miró a los ojos, se quedó sin aliento.

—Ven aquí —ordenó él con suavidad.

Sin pensar, Francesca se apoyó en su pecho y los labios del hombre se cerraron sobre los suyos firmemente, delineando, explorando los suaves contornos y mordisqueando el labio inferior.

Ella aspiró su aliento, cálido y dulce y tuvo que ahogar un gemido cuando la ávida lengua del hombre invadió su boca. La apretó fuerte mente contra su cuerpo, haciéndola sentir su excitación.

Parecían estar hechos el uno para el otro. Ella parecía estar hecha para él; lo único que tenía que hacer era convencerla de ello.

Francesca echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él apartó la

blusa con los dedos para revelar uno de sus erguidos pezones.

Dominic jadeaba saboreando aquella dulce miel, pero deseaba más. Mucho más. Buscaba paciencia dentro de sí mismo, diciéndose que una jornada estaba hecha de muchos pasos. Si quería tener éxito, tendría que ser muy cuidadoso.

Francesca deseaba sentir bajo sus dedos la piel del hombre y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. La mata de vello oscuro que cubría su pecho parecía estar suplicándole que enredara sus dedos en ella.

El cerró los labios sobre un rosado pezón y empezó a lamerlo, antes de morderlo suave pero firmemente, llevándola al filo entre el placer y el dolor.

Francesca deslizó la mano hacia la cremallera de su pantalón y empezó a bajarla lentamente.

Sus dedos rozaron unos calzoncillos de seda antes de explorar lo que había debajo y sintió un breve segundo de pánico ante el tamaño de su erección.

—Dominic... —empezó a decir ella.

Los labios de él se cerraron sobre los suyos, acallando sus protestas, intentando usar toda la habilidad que poseía para mostrarle que aquello era más que sexo. Apenas se dio cuenta de que él la tomaba en sus brazos y subía la escalera hasta su dormitorio. Con cuidado, la dejó en el suelo. ¿Qué estaba haciendo?, pensó ella de repente.

—Dominic, yo... —pero no pudo seguir, porque él tomó su cara entre las manos y la miró a los ojos como si quisiera penetrarla con la mirada.

—No digas nada —susurró Dominic—. Déjate llevar —añadió.

La deseaba tanto en aquel momento, necesitaba unir su cuerpo con el de ella para mostrarle lo importante que era para él. Para mostrarle que estaban hechos el uno para el otro. La besó profunda, sabiamente, haciendo que se quedara sin fuerzas.

—Confía en mí —volvió a susurrar sobre su boca.

¿Se atrevería? No tenía otra opción porque su cuerpo era el mayor traidor y se inclinaba hacia él para que el beso fuera más profundo, abriéndose para que él hiciera con su boca lo que quisiera.

Se quitaron la ropa rápida, ansiosamente y Francesca se quedó casi sin respiración al encontrarse frente a aquel musculoso cuerpo, bronceado por el sol, que parecía la obra de un escultor. Las piernas fuertes como dos columnas, el estómago plano, con una línea de vello oscuro que llegaba hasta donde se juntaban sus muslos y se

hacía más espeso donde empezaba su masculinidad. El se daba cuenta de cómo ella lo observaba, de cómo sus ojos se deslizaban desde la potente rigidez de su erección, hasta su pecho y después su boca.

—Mírame —ordenó él de repente, acercándose a ella y tomándola de los hombros—. Abre los ojos, Francesca. Quiero que me mires. Sólo a mí.

Era preciosa, pensaba con reverencia y aquella timidez lo excitaba aún más. No parecía poseer el arrojo de una mujer que conoce bien los placeres del sexo. Ni siquiera parecía una mujer que supiera el placer que podía ofrecer, no sólo a un hombre sino a sí misma.

Tendría que ir despacio, se dijo a sí mismo. Tenían toda la noche.

Francesca gimió suavemente cuando él empezó a deslizar la mano por su estómago y se enredó en el vello que había entre sus muslos.

Con los labios, seguía atormentando su duro pezón y, cuando estaba a punto de rogarle que terminara con aquella tortura, él volvió su atención hacia el otro.

El fuego parecía nacer en el mismo centró de su ser y las llamas corrían por todo su cuerpo, encendiéndose aún más cuando él abrió su húmedo interior con los dedos y empezó a rozar el pequeño capullo, acariciándolo hasta que todo su cuerpo empezó a temblar y tuvo que apoyarse en él.

Un grito ahogado se formó en su garganta cuando él se puso de rodillas y recorrió el mismo camino con la lengua, desde el ombligo hasta las caderas.

Jugueteando, torturándola hasta llegar al suave vello que guardaba su femineidad.

—Dominic... no... —él ignoró el ronco gemido. Era demasiado tarde y empezó a experimentar el beso más íntimo de todos.

El se sentía enardecido por su sabor; una mezcla embriagadora de miel y almizcle. Saboreó aquella ambrosía como si fuera un buen vino mientras la sujetaba firmemente con las manos para que no se cayera.

A Francesca le hubiera gustado rogarle que parase, pero las palabras no parecían querer salir de su boca.

Nunca había experimentado aquella capitulación total, aquella posesión. No se había dado cuenta de que estaba sobre la cama hasta que él alargó el brazo para tomar un pequeño paquetito de uno de los cajones, cuyo contenido se colocó con movimientos

precisos, acariciándola al mismo tiempo, preparándola para aceptar su masculinidad.

Ella estaba húmeda de deseo y gimió suavemente ante la primera embestida. Podía sentir que sus músculos se expandían y después la gradual aceptación cuando él se enterró en ella hasta el fondo.

Entonces empezó a moverse, lentamente, casi retirándose del todo antes de volver a embestir de nuevo con todas sus fuerzas, moviéndose sabiamente para dejar que sus músculos lo envolvieran. Cuando notó que estaba preparada, empezó a moverse más rápido hasta que ella levantó las caderas para recibirlo tan profundamente como fuera posible.

Francesca creía que no podía ser mejor, pero estaba equivocada. Su invasión oral había estimulado su deseo hasta convertirlo en fiebre y en aquel momento él la llevaba a un plano más elevado, en el que el cuerpo, la mente y el alma llegaban a un perfecto acuerdo que trascendía cualquier sensación que hubiera experimentado anteriormente.

No tenía ningún control. Ni lo deseaba, decidió inconscientemente mientras la espiral de sensaciones llegaba al cénit.

Gritó mientras temblaba durante el clímax y la boca de él se cerró sobre la suya, acariciadora, dulce, mientras la apretaba fuertemente contra su cuerpo.

Durante un rato no se movió. No podía. Se sentía letárgica y abandonada. Más tarde le dolería todo el cuerpo pero, por el momento, se contentaba con quedarse tumbada allí, saboreando el tumultuoso final de la pasión.

Deslizó una mano por la espalda del hombre hasta dejarla en sus apretadas nalgas y, en ese momento, sintió que él temblaba y volvía a crecer dentro de ella.

—¿Estás incómoda? —preguntó con voz ronca.

—No —contestó.

Le gustaba su proximidad, la dureza de su cuerpo sobre el suyo, su olor.

—Quieres… —empezó a preguntar, pero no pudo seguir al verlo sonreír.

—¿Apartarme? No —contestó él, apoyándose en un codo, pero sin salirse de ella.

Aquella mujer lo excitaba como ninguna lo había hecho. Deseaba volver a tomarla, pero quizá era demasiado pronto. Tenían tiempo para jugar, para disfrutar uno del otro. La tomó por los

hombros, sin apartarse, y se tumbó de espaldas, colocándola sobre su pecho. Empezó a trazar la línea de sus labios con un dedo, que ella mordió suavemente, antes de envolverlo con su lengua.

Así que ella también quería jugar, pensó él.

En aquella postura, era Francesca quien controlaba la situación y se sentía poderosamente sexual, exultante de pasión. Se apoyó firmemente en las rodillas y empezó a moverse lentamente, viendo cómo los ojos de él se oscurecían y empezaba a sudar.

Mientras ella se movía, él la atrajo hacia sí y se introdujo uno de los pezones en la boca, haciendo que éste se endureciera. Podía sentir su respuesta en la tensión de los músculos que lo sujetaban.

Hasta entonces había sido él quien llevaba la iniciativa, pero en aquel momento Francesca había decidido darle la vuelta a la situación y empezó a moverse sobre él, al principio tímidamente y, después, a medida que iba ganando confianza, montándolo cada vez más rápido hasta que él la sujetó por las caderas y se hundió en ella, levantándola mientras arqueaba su cuerpo con un ritmo frenético, hasta que sólo sus pies y sus hombros quedaron anclados a la cama.

Más tarde, la abrazó, acunándola en sus brazos, calmando con las manos su tembloroso cuerpo hasta que se quedó quieta y exhausta.

—Tengo que irme —murmuró ella un par de veces antes de abandonarse de nuevo a las caricias de sus manos y sus labios—. Dominic, tengo que irme —casi gritó cuando estaba empezando a amanecer—. Tengo que tomar un avión.

El casi saltó de la cama y la tomó en sus brazos, a pesar de sus protestas, para llevarla al cuarto de baño. El mismo la metió en la ducha y, cuando hubo terminado, la envolvió en una toalla.

—¿Por qué no volvemos a la cama? —preguntó, besándola suavemente en los labios—. Sólo para dormir, te lo prometo. Pondré el despertador y yo mismo haré el desayuno.

—Tengo que irme, de verdad —Francesca tuvo que hacer un esfuerzo para decir aquello.

Dominic la secó cuidadosamente y después se quedó observándola mientras se arreglaba.

¿Qué debía decir?, se preguntaba Francesca. «Gracias, ha sido estupendo?»

Dominic la ahorró ese problema al poner un dedo sobre sus labios.

—Cuídate.

Mientras conducía por las calles desiertas sentía como si

estuviera en un mundo irreal. No había estrellas, ni luna, sólo una vaga luz anaranjada que parecía querer apartar las sombras de la noche.

Eran las cinco de la mañana, según el reloj de su coche y sólo le quedaba una hora para hacer la maleta y llegar al aeropuerto.

Después de aquella noche debería sentirse agotada y, sin embargo, se sentía extrañamente activa y más llena de vida de lo que se había sentido en los últimos tres años.

Cuando llegó a su apartamento, empezó a guardar sus cosas en una bolsa de viaje a toda prisa.

Había dormido con un hombre, pensó de repente. Pero tuvo que echarse a reír. Dormir no era precisamente lo que habían hecho.

¿Qué pasaría después de aquello? ¿Volverían a acostarse juntos de vez en cuando? ¿Se verían durante algunos fines de semana?

Relaciones sexuales sin compromiso emocional. Muy maduro. Casi le dio un ataque de risa histérica al pensar en ello.

Mientras se dirigía al aeropuerto en un taxi se tranquilizó, pero empezó a sentirse culpable por haber traicionado lo que había sentido por Mario. Habían compartido amor, risas, esperanzas y sueños y nunca lo olvidaría. Pero las lágrimas eran para los débiles y ella ya había llorado suficiente.

Capítulo 8

EL VUELO transcurrió sin incidentes y una simpática azafata acompañó a Francesca hasta un vestíbulo donde el chofer que la esperaba tomó su bolsa de viaje y la condujo hasta una lujosa limusina.

Aunque la profesión de modelo tenía muchos inconvenientes, su fama y reconocimiento le daban ciertas ventajas. Mientras la limusina recorría el camino que llevaba hasta el Sheraton, Francesca se sentía agradecida por la habilidad de Laraine para organizar su agenda.

Las playas de Costa Dorada eran inmensas, de arena dorada y fina, con un mar de un azul intenso que, a aquella hora, parecía de color zafiro. Los apartamentos construidos alrededor de la playa parecían centinelas de cemento en la distancia y, mientras se acercaba, se daba cuenta del enorme movimiento que había en aquella zona turística.

El hotel era de lujo, con excelentes vistas y las mejores tiendas de moda en su interior.

Deshizo la bolsa de viaje en cinco minutos miró la cama con pena, antes de consultar el reloj. Aún le quedaban un par de horas antes de tener que presentarse en el inmenso salón del hotel para los ensayos del desfile. Podía matar el tiempo dándose una vuelta por las tiendas lo que sería más aconsejable, echando una cabezadita.

Sin dudarlo, ganó la cama. Rápidamente se desnudó, puso el despertador y se tumbó en la cama. Pero no podía dejar de pensar en lo que había pasado unas horas antes.

Su cuerpo aún seguía doliendo por aquel invasión y su piel quemaba en determinad zonas; él se había tomado su tiempo, seduciéndola , haciendo que todo fuera una fiesta para los sentidos.

Dominic era un hombre peligroso porque sabía que era fácil hacerse adicta a su forma hacer el amor. Adicta a él. Pero ella había entregado su corazón una vez y no quería volver hacerlo.

Cuando despertó, un poco más descansada tomó un plátano de la cesta de frutas que había en la habitación y lo mordisqueó antes de ducharse para bajar al desfile.

En el vestíbulo había una impresionante c cada de agua. El inmenso salón de desfiles estaba abarrotado. Cuando Francesca terminó trabajo y pudo escaparse de los inevitables saludos, se dirigió al salón en el que tendría lugar la sesión fotográfica.

El fotógrafo era demasiado simpático, y, lo peor de todo, un sobón. Fuera la que fuera la pose que su ayudante le pedía, él quería cambiarla personalmente y, después de dos horas de poses, Francesca estaba a punto de ponerse a gritar. No soportaba que la tocaran y estuvo a punto de decírselo un par de veces, pero se contuvo.

Por fin se hizo la última fotografía y pudo escapar a su habitación durante un rato, antes de arreglarse para asistir al cóctel que organizaba la agencia.

Aquella noche había elegido una falda larga negra, abierta hasta la mitad del muslo, una blusa sin mangas de lentejuelas negras y sandalias negras de tacón de aguja.

Le presentaron a varios de los invitados, charló sobre cosas sin importancia y tomó algunos aperitivos, pero el fotógrafo no se apartaba de ella, molestándola continuamente con sus comentarios, hasta que, por fin, Francesca, como sin darse cuenta, le clavó el tacón de la sandalia con todas sus fuerzas.

El se puso pálido y la miró con expresión de odio, pero no dijo nada.

Sin decir una palabra, Francesca se dio la vuelta, buscó a la anfitriona y se despidió.

Lo único que le faltaba era un tipo grosero después de un día de trabajo como aquél y una noche en la que no había pegado ojo.

Cuando entró en su habitación, lanzó un suspiro de alivio y fue a la nevera para tomar un sorbo de agua. En ese momento oyó unos golpes en la puerta.

—¿Quién es?

—Dominic.

—¿Dominic? —repitió sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, abriendo la puerta.

Vestido con unos pantalones oscuros y una camisa azul con el cuello desabrochado, exudaba masculinidad. —Supongo que vas a decirme que pasabas por aquí y has decidido subir a saludarme —dijo ella, intentando que su voz sonara despreocupada.

El inclinó la cabeza y rozó suavemente sus labios.

—No quería pasar la noche sin ti —susurró. Aquello la dejó momentáneamente sin palabras—. No has podido dormir, ¿verdad? —sonrió él, mirándola a los ojos.

—¿Tan mal estoy?

—No. Sólo pareces un poco cansada —contestó él, acariciando su mejilla.

—Ojalá sólo estuviera un poco cansada.

—Yo te cuidaré.

El calor sensual del cuerpo del hombre empezaba a despertar deseo en el suyo y, si se quedaban en la habitación, probablemente no descansaría en absoluto.

—Lo mejor será que salgamos a cenar a alguno de los restaurantes del paseo marítimo —dijo con firmeza, y lo vio sonreír.

—¿Te encuentras más segura entre la multitud?

—Sí —sonrió ella, apartándose de él y volviendo a ponerse los zapatos. Después, tomó su bolso y extendió la mano para que él la tomara.

Fueron a Saks y allí los acomodaron frente a una de las ventanas. Pronto oscurecería, pero en ese momento podían ver los barcos deslizándose sobre el mar y la gente paseando por el muelle.

Después de una cena agradable y suculenta, volvieron caminando al hotel.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —anunció una voz en cuanto entraron en el vestíbulo.

Era el fotógrafo, ligeramente bebido, que empezó a cargar la cámara con película mientras miraba a Dominic.

—La doncella de hielo con su escolta. Ahora entiendo que te marcharas tan pronto de la fiesta, querida —añadió.

Aquella cámara suponía una amenaza, ya que Francesca no quería ver de nuevo su vida privada publicada por todas partes, así que siguió caminando hacia el ascensor, intentando no prestarle atención.

—¿No me digas que dormís en la misma habitación? —siguió diciendo, sin separarse de ellos.

—Si da un paso más, llamaré a seguridad, se lo advierto —dijo Dominic, colocándose como escudo de Francesca.

—Sólo estoy haciendo mi trabajo, amigo.

—Entonces le sugiero que lo haga en otro sitio —dijo él con una voz que no admitía replica.

El tipo desapareció y ellos pudieron subir solos en el ascensor.

—¿Te ha pasado esto alguna vez? —preguntó cuando entraban en la habitación.

Los perseguidores, los fans alterados. La pesadilla que nadie deseaba.

Sólo su padre sabía de las cartas que había recibido tras la muerte de Mario. Palabras cortadas de periódicos y pegadas a un papel en blanco. Uno de esos fanáticos enfermos que la policía había tardado seis meses en localizar.

Dominic se dio cuenta de que se había quedado sombría, pero

no quiso preguntar. Llegaría el momento en que ella compartiría con él todo lo que quisiera compartir y él esperaría mientras tanto.

—Ese fotógrafo no es más que un pesado—dijo, sentándose en un sillón.

La noche anterior había compartido su intimidad con aquel hombre, pero en aquel momento no sabía qué hacer. El le puso las manos sobre los hombros, acariciando, masajeando los tensos músculos.

—Sigue, por favor —le suplicó y, cerrando los ojos, se dejó llevar por aquel relajante masaje.

Minutos más tarde, él la llevó en brazos a la cama y, con movimientos rápidos y sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a desnudarla.

—Dominic...

—Relájate y disfruta —dijo, volviéndola de espaldas.

Francesca creía que iba a derretirse bajo aquellas manos. Al principio se encontraba un poco violenta, pero después apoyó la cabeza en los brazos y se dejó llevar.

Era imposible luchar contra el cansancio y, poco a poco, se quedó dormida.

No se percató de que Dominic se levantaba de la cama, ni de que se quitaba la ropa y se deslizaba con ella entre las sábanas.

Francesca se movió y notó la calidez de un cuerpo desnudo a su lado, pero en la vaguedad del sueño, no se hizo ninguna pregunta. Sólo se acurrucó contra él y suspiró con satisfacción cuando sintió que una mano se deslizaba por su espalda.

Era un sueño. Una visión deliciosa, acompañada de un aroma masculino que la hacía sentirse como en el cielo.

Unos labios rozaron su mejilla y se deslizaron hasta su cuello. Después, siguieron hasta su pecho, lamiendo y acariciando con suavidad antes de bajar hasta su cintura y continuar hacia la suave curva de su vientre.

Unos dedos empezaron a juguetear con el vello que guardaba la entrada a su femineidad y después se introdujeron para acariciar el punto más sensible de su anatomía.

Aquel sueño erótico casi parecía real, pensaba semiinconscientemente Francesca mientras las sensaciones iban aumentando por todo su cuerpo. Era tan real, que parecía imposible que fuera un sueño.

El roce de una fuerte pierna velluda contra la suya la devolvió a la realidad y Francesca abrió los ojos, para encontrarse con la cara de Dominic a un centímetro de la suya.

La sombra de la barba le daba una insoportable sexualidad a aquellas facciones esculpidas. Sus ojos oscuros eran cálidos e increíblemente sensuales.

—Buenos días —susurró Dominic, trazando con un dedo la línea de sus labios.

Lo que siguió fue un beso sensual, un preludio del lento y lánguido acto en el que sus sentidos enardecidos llegarían a las cimas más altas de deseo para caer finalmente exhaustos uno en brazos de otro.

—¿Qué hora es?

Dominic levantó la mano para comprobar el reloj.

—Las siete y diez. Vamos a dar un paseo a la playa —dijo, inclinándose hacia ella con una sonrisa que casi hizo que se derritiera, antes de levantarse de la cama de un salto. Su cuerpo musculoso era increíblemente masculino.

Demasiado masculino, pensaba Francesca mirándolo entrar en el cuarto de baño. Su espalda ancha, la cintura estrecha, el trasero apretado, las largas y musculosas piernas.

Se movía con la naturalidad de un hombre acostumbrado a verse desnudo y que se sentía a gusto con su cuerpo. Seguro, confiado y con una gracia casi animal que combinaba fuerza y poder.

Quince minutos más tarde, caminaban por una playa que parecía infinita, rodeada de un mar azul y en calma.

A aquella hora de la mañana el aire era fresco y la brisa suave.

—¿Vamos a pasear o quieres que corramos un poco? —preguntó Dominic.

Francesca lo miró. Dominic se había puesto pantalones cortos, una camiseta y zapatillas de deporte.

—Corramos —decidió.

—¿Quieres gastar energía?

—¿La tuya o la mía?

—De los dos, imagino —rió él.

Lo que empezaba a sentir por aquel hombre la turbaba. Invadía su espacio, su tiempo y se infiltraba en sus emociones con una determinación que parecía empeñada en destruir todas las barreras que ella había levantado. Tenía la impresión de que con Dominic tenía que ser todo o nada y ella no estaba preparada para pensar en el todo.

—Te apetece tomar un café? —preguntó él después de unos quince minutos.

—Con croissants?

—Tanto hambre tienes? —sonrió él, tomándola de la mano.

Ella asintió con una sonrisa. El día le parecía de repente más brillante, pero no tenía nada que ver con el sol. Eligieron uno de los cafés que había alrededor de la playa y se sentaron en la terraza. Dominic observaba su aspecto fresco y alegre y, sin embargo, sabía que seguía a la defensiva. Si no tenía cuidado, ella volvería a intentar apartarse de él.

Más tarde, volvieron al hotel y subieron a la habitación.

—Mientras tú te duchas, yo iré guardando las cosas en la maleta —dijo ella.

—Prefiero que nos duchemos juntos.

—Tengo que tomar un avión, Dominic —intentó protestar ella, sintiéndose tímida de repente —. No tenemos mucho tiempo.

—Pues tendremos que conformarnos con esto —susurró él, acercando su cálida y devastadoramente sensual boca a la suya de forma dominante y dulce a la vez, dando, recibiendo, hasta que ella se apoyó sobre su pecho, deseando más, mucho más. Cuando por fin él se apartó, Francesca era incapaz de moverse—. A la ducha —dijo, empujándola suavemente hacia el cuarto de baño.

Se había acostado con aquel hombre, había compartido su intimidad con él. ¿Qué había de malo en ducharse juntos?, se preguntaba. No sería la primera vez que se duchaba con un hombre.

Con Mario siempre era divertido. Pero aquello diferente. Muy diferente.

No habría nada humorístico en compartir ducha con Dominic. Un calor inesperado empezó a recorrerla ante la idea de estar a un centímetro del cuerpo desnudo de aquel hombre.

Lo miró mientras él se desnudaba con toda tranquilidad y tuvo que hacer lo mismo, intentando disimular su turbación.

Ya dentro de la ducha, intentó no mirarlo, pero era imposible, por supuesto. El se movía con toda tranquilidad, enjabonándola y enjabonándose como si llevaron años haciéndolo juntos. Y su estado de excitación no parecía molestarlo o avergonzarlo en absoluto.

Francesca creía que podía sobrellevar con tranquilidad cualquier situación, pero aquello era demasiado para sus nervios.

Cuando salieron, se envolvió en una toalla y entró en la habitación para vestirse.

Diez minutos más tarde, se había puesto un pantalón y una blusa de color crema con un pañuelo de brillantes colores azules y verdes que daba el toque de color.

La limusina los estaba esperando en la puerta, pero cuando las puertas del hotel se abrieron, unos flashes fotográficos los tomaron por sorpresa. Francesca intentó sonreír, pero por dentro maldecía al

fotógrafo que debía haber avisado a la prensa sólo para vengarse. Se imaginó el titular de las revistas: La modelo Francesca Angeletti y el conocido empresario Dominic Andrea pasan la noche juntos en el Hotel Sheraton Mira ge.

Francesca ni siquiera abrió la boca; se limitó a sonreír y a entrar en la limusina, alegrándose de que las ventanillas fueran oscuras y de que el conductor los sacara de allí a gran velocidad.

Llegaron al aeropuerto justo a tiempo para tomar el avión.

—Vendré a buscarte a las siete —dijo Dominic, cuando la dejó frente a su apartamento—. Iremos al teatro con Gabbi y Dominic.

El coche se alejó antes de que Francesca tuviera tiempo de protestar y, unos minutos más tarde, estaba en su apartamento, intentando decidir qué iba a hacer con Dominic.

Capítulo 9

Tenía la extraña impresión de que la pelota no estaba en su tejado y que era él quien tomaba todas las decisiones; algo a lo que no estaba acostumbrada.

Aquel pensamiento la estuvo molestando durante toda la tarde y la convenció de que tenía que empezar a controlar la situación.

Francesca se recogió el pelo sobre la cabeza, se maquilló ligeramente y se puso un vestido de terciopelo granate diseñado por un joven que, en su experta opinión, pronto se convertiría en una celebridad.

El interfono sonó justo cuando estaba terminando de arreglarse.

—¿Dominic? Enseguida bajo.

Vestido con un esmoquin oscuro y una camisa de seda blanca, estaba tan atractivo que la dejó sin respiración.

El tráfico de la ciudad era relativamente tranquilo a aquella hora y sus amigos se reunieron con ellos en la puerta del teatro.

—Estás guapísima —dijo Francesca, besando a su amiga en la mejilla.

—Tú también —respondió Gabbi con una sonrisa.

—Os apetece tomar una copa o preferís que entremos directamente en el teatro? —preguntó Benedict.

—Dominic, cariño, ¿cómo estás? —oyeron una suave voz femenina tras ellos. Francesca se volvió, interesada en conocer a quien se dirigía a Dominic de un modo tan familiar.

Pequeña y rubia, era la misma mujer con la que Dominic había estado hablando el día que se habían encontrado en la galería de Leon.

Francesca sintió una punzada de celos al ver cómo la mujer se quedaba colgada del cuello de Dominic durante unos segundos más de los necesarios; también se percató de que su sonrisa, aunque brillante, no podía enmascarar la tristeza que había en sus ojos.

—Hola, Simone —dijo Dominic amablemente—. Ya conoces a Gabbi y Benedict. ¿Conoces a Francesca?

—No, aunque la he visto muchas veces en las pasarelas. Encantada de conocerte.

—Igualmente —sonrió Francesca.

Las luces se encendieron, dando a entender que los asistentes debían ocupar su butaca.

—Un día tenemos que quedar para vernos —sugirió Simone antes de apartarse de ellos.

Francesca se dio cuenta de que, aunque Dominic sonreía amistosamente, no le había dado una respuesta y tuvo que hacer un esfuerzo para no exigirle una explicación sobre qué era aquella mujer para él.

Ocuparon sus asientos cerca del escenario y, aunque Francesca había visto aquella misma producción en Londres y había quedado admirada, tuvo que admitir que el montaje en Sydney era fantástico.

Cuando cayó el telón después del primer acto, Gabbi sugirió que fueran a tomar una copa al abarrotado vestíbulo.

Aunque estaba acostumbrada a los «cariño» y «cielo» que solía oír cada vez que se encontraba con alguien, Francesca pensó que si oía uno más se pondría a gritar.

—Maldita sea.

Francesca oyó la maldición que había lanzado Gabbi en voz baja y se dio cuenta de la razón al ver que Annaliese se abría paso entre la multitud y se dirigía hacia ellos.

—¿Quieres que vayamos al cuarto de baño?

—No pienso darle esa satisfacción —contestó Gabbi con firmeza, tomando la mano de su marido.

Francesca observó cómo éste la miraba con una sonrisa y se llevaba su mano a los labios.

—Benedict. Cuánto me alegro de verte —susurró Annaliese cuando estuvo a su lado. Después, se dio la vuelta y sonrió a Dominic de una forma que hubiera hecho derretirse a cualquier otro hombre—. Hola, Dominic. Qué amable por tu parte acompañar a Francesca.

—¿Has venido sola, Annaliese? —preguntó suavemente Francesca.

—Claro que no, cariño —sonrió ella—. ¿Qué tal en el Sheraton? Me han contado que tuviste un altercado con uno de los fotógrafos. Se dice por ahí que tu reacción fue… —hizo una pausa para causar más efecto— más bien física.

—No tanto como la tuya en Roma o París. Además de la pelea que tuviste en Milán. ¿Recuerdas, Annaliese?

—Todos hemos tenido algún problema con la prensa en un momento o en otro —intervino Benedict.

Afortunadamente, el segundo acto estaba a punto de empezar y los asistentes empezaban a volver a sus asientos, así que la respuesta de la irritante joven se perdió entre las voces de la multitud.

Cuando cayó el telón, los actores recibieron un merecido

aplauso y los cuatro salieron del teatro comentando la obra.

—¿Queréis que vayamos a cenar? —preguntó Benedict mientras se dirigían a los coches.

—¿Dónde? —preguntó Gabbi.

—A algún sitio lejos de aquí —contestó Benedict con una sonrisa irónica—. Donde Annaliese no pueda seguirnos.

O Simone, añadió mentalmente Francesca, enfadándose consigo misma por aquellos pensamientos.

Eran casi las doce cuando Dominic paró el coche frente a su apartamento.

—Gracias. Ha sido una noche estupenda —dijo ella, abriendo la portezuela.

—¿Quieres librarte de mí? —preguntó él, tomándola por la barbilla.

—No estoy segura de adónde nos lleva esto, Dominic —contestó ella, insegura.

—¿Qué quieres decir con «esto»?

—Tú y yo —respondió ella—. Dentro de poco tendré que ir a Europa —siguió, notando que el roce de los dedos del hombre en su boca la hacían temblar—. No volveré a Sydney hasta dentro de unos meses.

—¿Quieres decir que no quieres ataduras? —preguntó Dominic, apretando las mandíbulas—. ¿Que nos veamos sólo de vez en cuando, alternando tu casa y la mía y nos despidamos con un beso hasta la próxima vez? —siguió, sin poder contener la furia que le produjo su respuesta—. ¿Es eso todo lo que significo para ti?

Tenía que terminar con aquello en ese mismo instante, pensaba Francesca. Era lo que debía hacer si quería que su vida continuara siendo como había sido antes de conocerlo.

Pero la idea de no volver a verlo, de no volver a sentir sus labios en los suyos o de no volver a hacer el amor con él la hacía sentir un dolor insoportable.

—No.

Durante unos segundos, él no dijo nada; se contentó con seguir acariciando su mejilla y después su pelo.

—¿Te ha molestado ver a Simone?

—Está claro que siente algo por ti —contestó ella, pensando que era transparente para aquel hombre.

—Tuvimos una relación cuando éramos más jóvenes y yo estaba empeñado en ser un artista y vivir en Europa. Pero a Simone no le gustaba la idea de vivir sin dinero, así que nos separamos y ella se casó con otro hombre.

—Entonces, ahora sólo sois buenos amigos.

—Simone sabe que no podríamos ser nada más que eso —sonrió Dominic, como si presintiera la preocupación de ella.

¿Lo habría dicho para intentar convencerla de que no había nada entre ellos? La idea de que él le hiciera el amor a otra mujer, de que su poderoso cuerpo llevara a otra mujer al éxtasis del que ella había disfrutado dolía tanto que casi se sentía enferma.

—Es muy tarde —dijo ella, abriendo la puerta del coche. El salió y la tomó del brazo—. Dominic.

—Dime que quieres estar sola y me iré —susurró él.

Ella estuvo a punto de decir que sí, pero no lo hizo. Una parte de ella deseaba aceptar lo que había entre ellos sin cuestionarse adónde los llevaría; simplemente viviendo el presente.

—Tú haces el desayuno —capituló por fin Francesca, sintiéndose nerviosa y viva, asombrosamente viva.

Se sentía embargada de emociones, tuvo que reconocer mientras entraban en el apartamento.

—Apaga las luces y ven a disfrutar de la vista conmigo —dijo Dominic, tomándola por los hombros. Juntos se dirigieron hacia la terraza y, cuando Francesca pulsó el botón del mando a distancia, las persianas se abrieron para descubrir la panorámica de la ciudad, iluminada por millones de luces que formaban un manto multicolor.

Francesca no protestó cuando él se volvió hacia ella; todo lo contrario; entrelazó sus brazos detrás del cuello masculino mientras él se inclinaba para besarla.

Hipnótica, dulcemente, él la besaba haciendo que el fuego volviera a invadirla por dentro. Hasta que ninguno de los dos pudo más y Dominic la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio.

Francesca le desabrochó la camisa enardecida de deseo. No quería que hubiera barrera alguna entre su piel y la del hombre. Segundos más tarde, su propio vestido de terciopelo caía al suelo, seguido de su ropa interior de encaje.

Cayeron juntos sobre la cama y Francesca gimió con tono de protesta cuando él encendió la lámpara.

—Quiero verte —dijo él con voz ronca—. Y quiero que tú me veas a mí —susurró en su oído.

A Francesca no le importaba en aquel momento si la luz estaba encendida o apagada. El acarició la parte interior de su muslo hasta llegar al húmedo túnel y, con los dedos, simuló el acto físico.

El cuerpo de ella se arqueó hacia él, buscando el placer que ofrecía y gimió cuando el deseo se volvió insoportable. Dominic se hundió dentro de ella con una poderosa embestida, moviéndose con

un ritmo acompasado hasta que ella le urgió a aumentarlo cada vez más buscando el punto culminante, en el que se mantuvieron durante unos segundos que parecían interminables, antes de llegar a un clímax que los dejó a ambos jadeando. Francesca se quedó tumbada, exhausta y cubierta de sudor. Sabía que había gritado a medida que iba perdiendo la noción de quién era o dónde estaba. Nunca hasta entonces había sabido que alguien podía perderse de tal forma en el acto sexual.

—Abre los ojos —ordenó suavemente Dominic.

Francesca sintió el roce de sus dedos en sus mejillas, pero no estaba segura de si deseaba obedecer; porque si lo hacía, tendría que enfrentarse con él, visual y físicamente y reconocer lo que habían compartido.

—Dime lo que sientes.

No encontraba palabras que definieran el estado de euforia en que se encontraba, tanto mental como físicamente. ¿Por dónde podía empezar? ¿Qué podía decir? ¿Que todo su cuerpo parecía ser una masa de terminaciones nerviosas que reaccionaban ante su contacto como si fuera una descarga eléctrica?

O quizá podría intentar explicarle cómo, de la forma más increíble, parecía reconocerlo inconscientemente como alguien que era parte de sí misma, como si en algún momento, en algún lugar en la distancia ya hubieran sido el uno del otro.

Todo aquello la hacía cuestionar la palabra amor y lo que significaba. Peor que eso, se veía forzada a aceptar que el amor podía asumir diversas formas y el que había experimentado con Mario sólo era una de ellas. Y aquello era algo en lo que no quería pensar por el momento.

Si Dominic deseaba saber lo que estaba pasando por su mente en ese preciso instante, le haría ver que estaba furiosa; y lo estaba de verdad; furiosa consigo misma y confusa.

—¿Quieres que te diga que lo haces muy bien?

Sus ojos se oscurecieron en aquel momento y la sombra que los cubrió la hizo sentir miedo.

El entendía lo que ella estaba sintiendo, casi adivinaba las dudas que había en su corazón y se sentía impotente para exorcizarlas. Sólo había un camino, el de la total sinceridad, incluso si llevaba a la confrontación.

—No te estoy pidiendo que me digas eso. Los dos hemos ardido de deseo y los dos hemos experimentado el mismo placer.

El calor empezaba a disminuir y el ambiente se enfriaba por su propia decisión. Una parte de ella sangraba por aquella pérdida,

mientras la otra la urgía a mantener aquella actitud.

—Eres un gran amante —dijo ella en voz baja.

Sabía que aquello le dolería, pero tenía que hacerlo, tenía que mostrarse fría.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó él después de unos segundos, con voz helada.

Era imposible adivinar lo que estaba pensando y ella no dijo una palabra cuando él tomó su cara entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Francesca —susurró, intentando buscar la calidez en aquellos ojos castaños.

—¿Qué es lo que quieres oír, Dominic? —preguntó ella furiosa —. ¿Que eres el primer hombre con el que me acuesto en tres años? ¿Que porque me he acostado contigo voy a dejar que seas parte de mi vida?

El cubrió la boca de ella con la suya para evitar que siguiera hablando, poseyéndola con su beso como si quisiera levantar todas las barreras que guardaban su alma.

El beso duró lo que a Francesca le pareció una eternidad y, cuando por fin él apartó la cara, Francesca estaba sin aliento.

—No pienso dejarte otra opción —susurró él con voz ronca.

—Claro que lo harás —exclamó Francesca llena de angustia, lanzándose sobre él con los puños cerrados.

Lo oyó gemir levemente cuando recibió el golpe en el pecho y casi se sintió satisfecha de haberle hecho daño, antes de que él la agarrara por las muñecas y las forzara detrás de su espalda.

Tomando las piernas de ella entre las suyas con fuerza, la mantuvo casi inmóvil, pero Francesca seguía luchando no sabía si contra él o contra ella misma. Enfurecida, sin poder despegarse del cuerpo del hombre, Francesca lo mordió en un hombro.

Su venganza fue rápida e inclinó la cabeza para morderla suave pero firmemente en un pecho, dejando su marca en la sensible curva. Francesca reanudó la lucha, aunque no consiguió nada excepto la reafirmación de la fuerza masculina.

—Estate quieta. Vas a hacerte daño.

Francesca estaba jadeando y lo miraba con rabia al darse cuenta de que estaba derrotada, mientras él no parecía haber hecho más esfuerzo que el que se haría para darle unos azotes a un niño maleducado.

—Te odio —dijo ella.

—No es verdad.

La ira estaba empezando a desaparecer, pero los rescoldos

seguían allí, como si esperara la menor oportunidad para volver a atacarlo.

—Maldito seas —susurró con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a dejar correr—. Durante tres años me he convencido a mí misma de que mi vida era como yo quería que fuera. Y lo era. Hasta que apareciste tú.

—Yo no conduzco coches de carreras ni arriesgo mi vida de forma innecesaria —susurró, soltándola.

Francesca sintió una aguda punzada de dolor en el corazón.

—No hacía falta que dijeras eso —dijo lentamente, levantándose de la cama.

—Es la verdad.

—Quiero que te marches —pronunció Francesca con frialdad mientras se cubría con el albornoz. El no se movió—. Quiero que te vistas y te vayas de aquí.

Con el pelo suelto sobre los hombros, los ojos brillantes de furia y las mejillas arreboladas, parecía una tigresa.

El se levantó de la cama, tomó su ropa del suelo y se quedó mirándola.

—Yo estoy vivo —dijo lentamente—. Recuerda eso antes de que me marche. Si me voy ahora, los dos perderemos la oportunidad de nuestras vidas.

Sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a vestirse. Tenía las mandíbulas apretadas y su expresión era tan seria que Francesca tuvo miedo.

—Eso es un chantaje emocional.

—No. Sólo es la verdad.

—Una verdad manipulada —corrigió Francesca.

—¿Crees que no me doy cuenta de lo difícil que es para ti olvidarte del pasado? —preguntó. En su expresión había una dureza primitiva, una fuerza que él intentaba controlar pero que salía a la superficie sin que pudiera evitarlo—. ¿Que no sé que tienes miedo de sentir algo por un hombre porque no quieres que vuelvan a hacerte daño?

—Eso se llama instinto de conservación.

—¿Eso crees? Yo lo llamaría autodestrucción —dijo él, colgándose la chaqueta del hombro, dándose cuenta de que estaba ante el mayor reto de su vida—. Que seas feliz dentro de tu torre de marfil, Francesca.

La imagen era vívida, aterradora. Inaccesible, destinada siempre a estar sola, llevando una existencia vacía, exenta de emoción. Una observadora, nunca participando de la vida. ¿Era eso lo que quería?

—Cada vez que doy un paso hacia adelante, tú me obligas a dar otro —replicó ella, angustiada—. Ni siquiera sé hacia dónde voy, Dominic.

—Yo lo quiero todo, Francesca —dijo él, acercándose—. Quiero compartir mi vida contigo.

—No te creo —dijo ella muy pálida.

—Ninguna mujer antes que tú me ha hecho sentir lo que siento. Y dudo que vuelva a ocurrirme alguna vez.

—Esa no es razón suficiente.

—¿Y la palabra amor?

—Lo tuve una vez y casi me muero cuando lo perdí —contestó ella, con un nudo en la garganta.

Dominic tiró la chaqueta sobre la cama y la tomó por la barbilla, obligándola a mirarlo.

—La vida no tiene garantías, Francesca —susurró él, con los ojos llenos de emoción—. Hay que aprovechar lo que se tiene mientras dure.

Su boca se cerró sobre la de ella, con salvaje y dulce erotismo, buscando, calmando, seduciéndola de una manera que hacía que su sangre ardiera, haciéndola sentir de nuevo aquel deseo enfebrecido hasta que tuvo que devolverle el beso, hambrienta de todo lo que él quisiera darle, con el mismo deseo de ser poseída que el de él por poseerla.

Dominic se apartó un poco para trazar la línea de sus labios con la lengua y después la besó en la barbilla, en el cuello, en la garganta.

—¿Quieres hablarme sobre Mario? —susurró Dominic—. Creo que tengo derecho a saber.

Ella se apartó un paso. No sabía por dónde empezar. La mayor parte de su vida con él había aparecido a todo color en las revistas. Pero lo que Dominic quería era saber la historia privada, los detalles personales, la verdad.

—Nos conocimos en una fiesta en Roma —empezó ella a decir —. Los dos estábamos celebrando una victoria personal. Él había ganado una carrera y yo acababa de firmar un contrato con un famoso diseñador italiano. Mario era... extrovertido, alegre —siguió. ¿Cómo podía explicarle a Dominic lo que había sentido por Mario?, se preguntaba a sí misma. ¿Cómo podía explicar el magnetismo que ejercía sobre todo el mundo, especialmente sobre las mujeres?—. El nuestro fue un romance tumultuoso y nos casamos tres semanas más tarde. Él vivía prácticamente sólo para correr. Era lo que más le importaba; las sesiones de entrenamiento,

las vueltas al circuito; necesitaba ir cada vez más deprisa, ser más rápido que los demás. Cada vez que tenía una carrera, yo me preparaba mentalmente por si no volvía.

Dominic la apretó contra él y ella lo agarró por la cintura, como si quisiera absorber algo de su fuerza. Se quedaron así, abrazados durante mucho tiempo; después, él empezó a acariciar su espalda y la besó en la frente.

—Te quiero —dijo por fin Dominic, tomando su cara entre las manos.

Francesca temblaba ante lo que él le estaba dando y que ella tenía miedo de aceptar. Pero después se dejó llevar por el hombre; no quiso pensar más y emparejó su pasión a la de él.

Hicieron el amor de forma primitiva y violenta, tan increíblemente intensa que no tenía parangón con lo que habían compartido hasta el momento. Pasó mucho tiempo hasta que sus respiraciones volvieron a recuperar el ritmo normal, mientras yacían en la cama saciados y completamente turbados por lo que acababan de compartir.

Debieron de quedarse dormidos porque Francesca se despertó sintiendo el contacto de unos dedos en su piel. Murmuró una queja, pero Dominic siguió hacia abajo y empezó una exploración que hizo que su sangre hirviera de nuevo. Aquella vez no existieron la fiebre ni el ansia de la noche anterior; hicieron el amor lenta y dulcemente, con un cuidado exquisito.

Francesca lo miró a los ojos, comprobando de nuevo la fuerza, el poder de aquel hombre y se dio cuenta de que no quería perderlo. Fuera lo que fuera lo que había entre ellos, necesitaba darse a sí misma la oportunidad de experimentarlo.

El se dio cuenta de sus sentimientos, se dio cuenta que había roto sus resistencias y quiso hacer que se sintiera segura.

Con los labios, recorrió su espalda suavemente. Era como estar en el cielo; dar y recibir placer; probar hasta qué punto el otro resiste hasta que ninguno de los dos podía más. Ca vez que los dos llegaban al clímax, era como ella le estuviera dando una parte de sí misma.

—Tengo una exposición en Cairns el sábado —susurró Dominic después de lo que había parecido una eternidad—. Cancela todos tus planes y ven conmigo a pasar el fin de semana. Tomaremos un avión y pasaremos el día en Puerto Douglas.

—Lo pensaré —bromeó ella.

—¿Tienes que pensarlo? —preguntó él con voz ronca.

—La idea de la exposición me apetece. Y me gusta verte en tu

papel de artista. Y Cairns tiene muchos recuerdos para mí.

—¿Eso es un sí o un no?

—A qué hora quieres que nos vayamos —sonrió ella por fin.

—A las ocho. Primero tengo que ir a casa hacer la maleta —sonrió él a su vez—. ¿Tienes hambre?

—¿Hambre de ti o hambre de comida? —bromeó ella.

—Las dos cosas.

En aquel momento, a Francesca le dolía todo el cuerpo; incluso zonas que nunca había pensado que podían estar doloridas.

—Supongo que eso quiere decir que no voy a tener tiempo de dormir una hora antes de ducharme y cambiarme.

—¿Es que quieres dormir?

—¿Me ofreces algo mejor?

El no respondió con palabras a aquella pregunta. Pero le mostró lo que tenía en mente, tomándose todo el tiempo que quiso. Más tarde, tuvieron que correr para llegar a tiempo al aeropuerto.

Capítulo 10

EN CAIRNS, hacía un calor húmedo y pegajoso y el cielo estaba cubierto, amenazando lluvia.

Francesca se quitó la chaqueta de algodón y la tiró en el asiento trasero del coche cuando salieron del aeropuerto y Dominic se desabrochó los dos primeros botones de la camisa.

El aire era diferente allí; el ritmo menos frenético que en las ciudades del sur y la vegetación que cubría la carretera que bordeaba la costa era de un verde lujurioso.

Puerto Douglas, el lugar en el que pasarían la noche, estaba a unos setenta kilómetros al norte; era la zona de la caña de azúcar, pensaba Francesca mientras recorrían los campos. La plantación y recolección se hacían de forma mecánica, pero recordaba que en su niñez aún lo hacían a mano. Pequeños raíles cruzaban l carretera a intervalos, conectando una granja con otra para que la caña cortada pudiera ser transportada hasta el molino.

Francesca recordaba sus vacaciones allí cuando era pequeña para visitar a sus abuelos, que poseían grandes extensiones de campos y una granja llena de olores exóticos. En aquel momento, sus abuelos estaban enterrados uno al lado del otro y la tierra había sido dividida y vendida a otros granjeros de la zona.

Había varios hoteles a cada lado de la carretera que llevaba a Puerto Douglas y Dominic condujo a través de la ancha entrada del que iban a ocupar.

Su suite era muy lujosa, con una hermosa vista del océano.

—Podemos ir a nadar o quedarnos aquí y hacer lo que nos apetezca a los dos —añadió, acercándose a ella.

Francesca se echó en sus brazos y levantó la cara para que él la besara; un beso que pronto despertó un deseo en los dos que ninguno quería negar. El era un amante delicado, que adecuaba el ritmo de sus necesidades al de ella y que, cuando llegaba al borde del clímax, esperaba a que ella estuviera dispuesta para que los dos lo hicieran a la vez. No midieron el tiempo que duraron aquellos juegos amorosos; el roce con los dedos, la exploración con los labios y el lento y sensual roce de sus cuerpos que los animaba, los incitaba hasta que sólo deseaban el desahogo final. Había atardecido cuando se levantaron de la cama para ducharse. Dominic la miraba con curiosidad mientras ella se acicalaba y se ponía unas sandalias de tacón.

—¿Esto quiere decir que prefieres cenar fuera de la habitación?

—Necesito comer bien si quiero tener energía suficiente para toda la noche —sonrió ella, con un brillo perverso en los ojos—. Además, me apetece disfrutar del ambiente, ¿a ti no? Un poco de vino, pescado... Después del café, podemos salir a dar un paseo.

Dominic se puso unos pantalones, un polo de manga corta y unos mocasines.

—Recuerda que es idea tuya.

—Piensa que, de esa forma, tendremos más ganas de estar solos después —rió ella suavemente.

—Tienes razón —replicó él, tomándola de la mano.

El restaurante era agradable. La cena fue excelente, salpicada de risas y comentarios al oído. Después de tomar café, Dominic puso el brazo alrededor de sus hombros y caminaron así de vuelta al hotel.

Cuando volvieron a entrar en la habitación, fue ella quien se echó en sus brazos, apretándolo fuertemente y besándolo con ansia.

La ropa pronto se convirtió en una barrera insoportable y los dos disfrutaron del placer de quitársela uno a otro lentamente antes de caer en la cama.

Aquella vez Francesca no se sentía culpable ni avergonzada.

Por la mañana dejaron el hotel y tomaron la autopista para volver a Cairns.

Comieron en un restaurante, pasearon y, más tarde, volvieron a su hotel para cenar. Una limusina iría a buscarlos allí para llevarlos a la exposición.

Francesca había elegido un traje pantalón negro de Armani, zapatos de tacón de aguja del mismo color y unos pendientes de oro. Como siempre, llevaba un maquillaje muy discreto que enfatizaba, sobre todo, sus ojos.

—Sensacional —aprobó él, mirándola embobado mientras se abrochaba los gemelos en los puños de la camisa. Parecía exactamente lo que era; un poderoso hombre de negocios, sofisticado, cómodo y seguro de sí mismo.

Dominic metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño estuche de terciopelo. Dentro de él había una exquisita cadena de oro que puso en el cuello de Francesca, sin dejar de mirarla a los ojos. Después, tomó su mano y la besó con un beso cálido y largo, cargado de promesas. Ella sólo podía mirarlo en silencio, incapaz de decir una sola palabra .y no protestó cuando la tomó de la mano y salieron de la habitación.

La espaciosa galería estaba situada en lo que antes había sido una mansión, con grandes terrazas y puertas dobles que llevaban a cada habitación.

Dominic fue saludado efusivamente por los responsables de la galería y, cuando reconocieron a Francesca, la saludaron con la misma reverencia.

—Eres un éxito —murmuró Francesca mientras la galería se llenaba de invitados, entre ellos algunos eruditos en arte que hacían comentarios elogiosos sobre su obra.

El cartel de «Vendido» aparecía en un cuadro después de otro.

—¿Mis cuadros o yo? —bromeó Dominic.

—Los dos —contestó ella riendo—. ¿Te importa quedarte solo un momento? —preguntó—. Aún no he visto toda tu obra.

—¿Por qué me pone tan nervioso tu opinión?

—Tienes miedo de que descubra tu alma, Dominic?

—Es posible.

¿Cómo podía juzgar la complejidad de un hombre que era capaz de tal expresión artística?, se preguntaba. ¿Sería una extensión del propio hombre o simplemente un estilo ensayado?

—Tiene mucho talento, ¿no le parece?

Francesca se dio la vuelta al oír aquella voz masculina y sonrió a un hombre de cabello blanco.

—Sí, es cierto.

—¿Qué ve en éste? —preguntó el hombre, señalando un abstracto.

—Me intriga —contestó ella con sinceridad—. Estoy buscando un significado escondido, pero no lo encuentro.

—Exactamente. Pero no es fácil dejar de buscar la clave que descubra el jeroglífico, ¿verdad?

—Tiene razón.

—Quiero comprarlo. Como inversión, triplicará su valor durante los próximos años y, además, hará que mis invitados tengan algo de qué hablar. Y a usted, querida, ¿cuál es el que más le gusta?

El hombre la acompañó de una sala a otra, mostrando gran interés y no pocos conocimientos. Tardó casi una hora en volver junto a Dominic y sonrió al verlo con expresión de divertido reproche.

—He estado charlando con un caballero muy interesante.

—Es Samuel Maxwell, crítico de arte y coleccionista —dijo él.

—Me ha dicho que tienes mucho talento.

—Me alegro —sonrió Dominic.

—Ha comprado un abstracto.

—Me alegro aún más. Maxwell es muy selectivo.

—Bueno, pues ya tienes otro admirador —sonrió Francesca.

—Y tú, Francesca? ¿Cuál es tu opinión?

—¿Sobre los cuadros o sobre ti?

Se salvó de tener que contestar a la pregunta cuando una de las invitadas, una señora bastante rellenita, empezó a coquetear con él sin disimulos. Francesca sonrió burlona y se alejó hacia el otro lado de la sala.

Una hora más tarde, pudieron marcharse de la exposición. Había sido, según el emocionado dueño de la galería, un éxito total.

La limusina los llevó de vuelta al hotel y allí — tomaron el ascensor para subir a su suite.

—¿Cansada? —preguntó Dominic, cuando entraron.

—Un poco —contestó ella, quitándose los zapatos y la chaqueta.

El levantó la mano y acarició la cadena de oro, deslizando el dedo hasta el final, entre sus pechos.

—Tienes una piel preciosa.

—¿Estás intentando seducirme? —sonrió ella.

—¿Estoy teniendo éxito?

Cada vez que lo intentaba. Sólo tenía que mirarlo y su cuerpo se llenaba de sensualidad. Durante toda la noche no había podido apartar sus ojos de él y sabía que a él le ocurría lo mismo. Cada vez que estaban cerca, se rozaban, se miraban, no podían dejar de estar pendientes uno del otro.

El la hacía sentirse increíblemente viva, consciente de su propia sexualidad y del poder que ésta le otorgaba.

Era como un despertar, un conocimiento que intensificaba sus sentidos y llevaba a otra dimensión la expresión física del sexo compartido. Cuerpo y mente en perfecta armonía con los del otro.

Francesca tomó la cara de él con la mano y lo atrajo hacia sí, feliz al sentir el roce de sus labios en la mejilla y después en su boca.

Tenían toda la noche por delante. Al día siguiente, tomarían un avión hacia Sydney y cada uno tendría que seguir adelante con su vida; pero por el momento era suficiente con aquella noche.

Francesca lanzó un gemido ahogado cuando Dominic se tumbó sobre la cama y la colocó sobre él.

Le gustaba estar en esa posición; Dominic la dejó llevar las riendas durante un tiempo, hasta que él volvió a tomarlas, marcando un ritmo frenético y salvaje que la llevó a un estado de excitación en el que todo dejó de existir para dar paso al placer que aquel hombre le ofrecía.

Más tarde, se acurrucó sobre su pecho mientras él acariciaba su pelo suavemente.

Cuando se despertaron, era de día. Se ducharon juntos, tomaron

el desayuno, se vistieron y salieron del hotel en dirección al aeropuerto

—Tengo que ir a Melbourne mañana —la informó Dominic ya en Sydney.

Francesca se sintió como perdida.

—¿Cuándo volverás?

—El miércoles o el jueves, no estoy seguro...

—Esos dos días tengo sesión fotográfica —dijo Francesca, mirando por la ventanilla.

De repente, se dio cuenta de que se dirigían hacia la casa de Dominic.

—Dominic...

—Quédate todo el día y toda la noche conmigo.

Ella no necesitaba pensar, no quería pensar en aquel momento. Tendría tiempo suficiente para hacerlo cuando él estuviera fuera de la ciudad.

A las ocho en punto a la mañana siguiente Dominic la dejaba en su apartamento, de camino al aeropuerto.

Aquel día, Francesca lo pasó con su familia y volvió a casa para cenar.

Dominic la llamó a las nueve.

—¿Me echas de menos?

—Un poco —contestó ella.

Le habría gustado decirle que no podía imaginarse cuánto, pero no lo hizo.

—Volveré pronto —dijo él. Su respuesta no lo había engañado en absoluto.

—Que duermas bien —rió ella.

—No creo.

—Yo tampoco.

Se fue a la cama tarde y estuvo despierta durante largo rato, incapaz de conciliar el sueño. Al apartarse el pelo, tocó la cadena que Dominic le había regalado.

Lo que había tenido con Mario había sido especial y nadie podía quitárselo, pero, ¿habría querido él que viviera sola el resto de su vida?, se preguntaba. ¿Que se hubiera negado a sí misma la felicidad y el amor, tener hijos con otro hombre? Estaba segura de que la respuesta era negativa.

Sin pensar, se quitó la alianza y la colgó en la cadena, sintiendo el peso entre sus pechos.

La tarde del día siguiente, el conserje subió un enorme ramo de flores que Dominic había enviado para ella. Lo llamó al móvil, pero

estaba en una reunión y no podía hablar libremente.

—Entonces, yo puedo decirte lo que quiera pero tú no me puedes contestar, ¿no es así? —bromeó Francesca.

—Puedo reorganizar la agenda.

—No te apetecería algo completamente decadente, como fresas y champán? —rió ella.

—Es una propuesta?

—Qué prefieres: nata o yogur? —

—Cuenta conmigo —contestó el hombre, intentando que su voz no lo delatara.

—Te estoy ofreciendo las dos cosas.

—Mejor.

—¿Qué dirían tus socios si supieran que practicas el sexo por teléfono?

—Estoy deseando que podamos firmar el acuerdo dentro de un par de días —contestó él, con la voz ligeramente más ronca.

—Yo también —rió ella.

Aquella noche tampoco pudo dormir bien y se quedó tumbada en la cama, pensando en Dominic.

Amor, pensaba. ¿Era eso el amor? ¿La incapacidad de pensar, de funcionar sin él? Desearlo, necesitarlo con tal intensidad que era difícil concentrarse en algo que no fuera él.

La sesión fotográfica del miércoles en los grandes almacenes duró más tiempo del previsto y, cuando terminaron, eran casi las diez.

En el vestuario, Francesca se estaba poniendo unos pantalones vaqueros y una camiseta de algodón.

Cuando se estaba poniendo las sandalias, oyó una voz airada:

—¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy esperando a Francesca —oyó que contestaba una profunda voz masculina.

Era Dominic.

Se pasó la mano por el pelo, nerviosa y cuando salió del vestuario, vio a Tony mirando a Dominic con cara de pocos amigos.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó al verla.

Miró a Dominic y lo que vio en sus ojos la hizo sentir escalofríos.

—Sí —contestó, lanzándose a sus brazos.

Dominic se esmeró en aquel beso y tardaron varios minutos en separarse.

—Ella está conmigo —dijo suavemente, pero con firmeza—. ¿No es así?

El estaba preguntando mucho más que eso y ella respondió sin

dudarlo:

—Sí.

Tarde, mucho más tarde, estaban entrelazados sobre la cama, saciados y deliciosamente exhaustos después de haber hecho el amor.

—¿Vas a casarte conmigo?

—No sé —contestó burlona Francesca, deslizando el dedo por sus labios.

Dominic mordió aquel dedo y después calmó el delicioso dolor con un beso.

—No era una pregunta, era una afirmación —dijo Dominic.

—Ah —sonrió ella—. ¿Ya te estás poniendo autoritario?

—Muy pronto pienso tener derecho —contestó él, también bromeando.

—¿El año que viene, por ejemplo? —preguntó, con tono despreocupado.

—La semana que viene.

—No creo que eso sea posible.

—Nada es imposible —contestó él, besándola suavemente en el cuello. No, nada era imposible si se tenía el dinero necesario para contrata a todo un equipo de gente que organizara el evento con tan poco tiempo de antelación— ¿Quieres oír mis planes?

—¿Por qué tengo la impresión de la que ya lo tienes todo decidido?

—Una ceremonia en el jardín de mi casa con la familia y los amigos más íntimos.

Parecía muy sencillo y muy romántico Francesca se imaginaba la alfombra roja destacando sobre el verde del césped y el cenador decorado con rosas. Incluso tenía un vestido que aún no había estrenado y sería perfecto para ese día.

Ella no había contestado y pudo sentir bajo sus manos la tensión en los rasgos de Dominic que esperaba una respuesta.

—Muy bien.

—Muy bien? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí —contestó ella—. Bueno, hay una cosa.

—Qué?

—Tengo que volver a París y a Milán a trabajar.

—Mi querida Francesca —susurró él poniendo los labios sobre una particular zona de su anatomía que la hizo temblar de pies a cabeza—. No sólo iré contigo a París y a Milán, sino que estaré esperándote detrás de las pasarelas. Y dormiremos juntos cada noche.

—Eso es lo que esperaba oír —susurró ella.

—¿Debo ser valiente y preguntar cuál de las tres cosas prefieres? —rió él.

—Me gusta viajar con alguien en el avión —bromeó ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y me encanta saber que hay alguien esperándome detrás de la pasarela —sonrió ella—. Aunque te advierto que los diseñadores son muy temperamentales y no les gusta nada que haya distracciones.

—Entonces me alejaré de allí.

—Si valoras en algo tu vida, lo harás.

—¿No me digas que podrían intentar pegarme un puñetazo?

—Si no lo hacen ellos, lo haré yo —contestó ella.

Detrás de la pasarela había demasiadas mujeres semidesnudas y no pensaba compartir a Dominic con ninguna de ellas.

—Te has olvidado de algo.

—¿No me digas? —preguntó ella riendo—. Ah, claro. Me olvidaba de que dormirás conmigo todas las noches.

—Bruja —susurró Dominic.

Pasó un rato hasta que Francesca tuvo fuerzas suficientes para volver a hablar.

—Un ático en París y una larga luna de miel serían una buena forma de terminar mi carrera de modelo.

—¿Estás pensando en dejar tu carrera?

—Sí —contestó sin dudarlo. Durante unos segundos, hubo un silencio espeso entre los dos— ¿No vas a preguntarme por qué?

Aquella vez, Dominic apenas podía hablar.

—Dímelo.

—Porque quiero tener un hijo contigo. Quiero decir si tú…

No pudo seguir porque Dominic cerró la boca sobre la suya con tal pasión que Francesca sintió que se derretía por dentro.

Cuando por fin, él apartó la cara, Francesca se apoyó en la almohada a su lado. Ella miró largamente a la luz de la luna que entraba a través de las persianas.

—Serás una madre preciosa —dijo él.

Francesca sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y trató de evitarlas, pero él se dio cuenta y la besó con una ternura tal que casi podía sentir que todo su cuerpo suspiraba, aceptando por fin aquella alegría tan tumultuosa que trascendía cualquier racionalidad.

Capítulo 11

LA LIMUSINA que llevaba a Francesca, Gabbi y Katherine se dirigía a través del puente hacia la casa de Dominic. Era una tarde preciosa y en el cielo no había una sola nube.

Francesca estaba acariciando inconscientemente el collar de perlas con pendientes a juego que Dominic le había regalado, sonriendo al imaginar su reacción cuando viera el regalo que ella tenía preparado para él.

Con los dedos, buscó la cadena de oro bajo el collar de perlas y no la encontró. Tenía que estar allí, pensó angustiada. Recordaba que se la había quitado para ducharse y…

Se había dejado la cadena en la mesilla de noche.

—Tenemos que volver.

—Pero si casi hemos llegado —protestó Gabbi.

—Francesca, llegaremos tarde —insistió Katherine

Pero Francesca sabía que a Dominic no le importaría que llegase tarde. Le dio instrucciones al conductor, hizo una llamada al móvil y después volvió a echarse hacia atrás en asiento.

—¿Nos vas a contar qué ocurre? —preguntó Gabbi.

—Me he dejado el regalo de Dominic en casa.

—Podrías habérselo dado más tarde —razonó su amiga.

—Sí, podría haberlo hecho. Pero no sería lo mismo.

Treinta minutos más tarde, después de haber vuelto a su apartamento, entraban a través de la verja de la casa de Dominic; Francesca salió del coche y se quedó parada mientras Gabbi y Katherine comprobaban que el precioso vestido de seda color champán y el chal de encaje antiguo que había decidido llevar el día de su boda no se habían arrugado.

—Bueno, empieza el espectáculo —sonrió Gabbi.

—Francesca —dijo su padre al verla entrar— ¿Todo va bien?

—Perfectamente —le aseguró ella, dándole un beso en la mejilla —. Quiero decir, si Dominic sigue esperándome.

—Con más paciencia que la mayoría de los hombres en circunstancias similares —bromeó el hombre.

—Entonces, hagamos que deje de esperar —rió Francesca.

El jardín estaba maravillosamente decorado y el césped era como una alfombra verde a sus pies.

Había algunos invitados sentados detrás de su familia, pero apenas los vio porque su mirada estaba fija en el cenador en medio del cual había una elegante figura masculina que la miraba

fijamente mientras avanzaba por la alfombra roja del brazo de su padre.

Francesca miró a los ojos de Dominic y vio allí todo lo que quería ver. Sus propios ojos se llenaron de lágrimas. Le temblaron los labios cuando sonrió.

Un par de pasos más y podría tomar su mano en la suya, sentir su fuerza y su calidez y aceptar lo que él le ofrecía para el resto de su vida. Lo único que sentía por aquel hombre era un amor sin condiciones.

Dominic la apretó contra su pecho y la besó con tal pasión que tuvo que hacer un esfuerzo para conservar la sensatez.

El beso podía haber durado segundos o minutos, no tenía noción alguna del tiempo.

Pero debían de haber sido algunos minutos porque oyó que los invitados empezaban a reírse.

—Señor Andrea, lo normal es besar a la novia después de la boda.

—Créame, también pienso hacerlo —replicó Dominic con una sonrisa.

—¿Empezamos con la ceremonia? —preguntó el celebrante, aclarándose la garganta.

—¿Puede esperar un segundo? —preguntó Francesca—. Hay algo que quiero hacer antes de empezar.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se quitó la cadena de oro de la que colgaba la alianza y la puso en la palma de la mano de Dominic.

¿Entendería él la importancia de aquella acción?, se preguntaba. ¿Entendería que, al darle el anillo de Mario, estaba entregándole su corazón por entero?

Francesca contuvo el aliento hasta que lo vio sonreír con los ojos llenos de lágrimas. Sintiéndose tímido por primera vez, Dominic tomó su mano y la besó en el dedo en el que, minutos más tarde, él mismo pondría la nueva alianza.

—Gracias —dijo, casi sin voz.

—Pensé que para ti sería más importante que cualquier otro regalo —susurró ella, antes de volverse hacia el celebrante con una sonrisa—. Estamos preparados.

La ceremonia fue corta y sencilla y, al terminar, Dominic la besó con tal dulzura que los invitados se movieron en sus asientos para llamar la atención.

El banquete se sirvió en el jardín, con varios camareros uniformados atendiendo las mesas.

Francesca apenas recordaba haber comido algo y sólo tomó un sorbo de champán; de lo único de lo que se daba cuenta era de que Dominic estaba a su lado, sujetando su mano, acariciando su mejilla. Sus ojos, tan oscuros que casi parecían negros, llenos de emoción cada vez que se miraban.

—No creo que podamos marcharnos pronto —susurró él, inclinándose hacia ella.

—Me temo que no —contestó ella, besándolo suavemente.

—Maldita sea.

—Esperar una hora más no va a matarte.

—Es posible que sí —susurró él en su oído—. Porque necesito urgentemente... —en voz muy baja le explicó con detalle todo lo que pensaba hacer en el momento que estuvieran solos.

—Creo que debemos ir con los invitados —murmuró ella, intentando apartarse de él para no perder la cabeza—. Si no lo hacemos, acabaremos dando un espectáculo.

De la mano, caminaron entre las mesas, riendo y charlando hasta que llegó el momento de cambiarse de ropa, tomar las maletas y entrar en la limusina que los llevaría al mejor hotel de la ciudad.

—Esto es... —empezó a decir Francesca en medio de la imponente suite— abrumador.

Dominic cerró la puerta y se acercó a ella.

—Tú eres la que me abruma —susurró, acariciando su mejilla y comprobando la emoción reflejada en sus ojos. Por él. Sólo por él—. Te quiero —añadió suavemente—. Hoy, mañana y todos los mañanas de mi vida —siguió diciendo mientras trazaba con un dedo la curva de sus labios—. Mi corazón y mi alma te pertenecen Francesca.

—Nunca pensé que el amor apareciera dos veces en mi vida —murmuró ella, intentando contener las lágrimas.

El la apretó contra su pecho y rozó sus labios, abriéndolos como si fueran los pétalos de una rosa, tomando posesión de su boca. Y ella se entregó voluntaria, lujuriosamente. Dándole más que su cuerpo. Dándole todo.

Aquella noche no sentían ninguna urgencia tenían todo el tiempo del mundo por delante hicieron el amor lenta y suavemente. Dormía un poco y, cada vez que se despertaban, volví an a envolverse el uno en el otro hasta que la luz del sol empezó a entrar a través de las persianas.

—Te quiero —susurró Francesca.

El ritmo de su pulso había vuelto a la normalidad después de la

tumultuosa pasión.

—¿Sabes lo que significa para mí que digas eso? —preguntó Dominic, deslizando los dedos por el vientre de ella, antes de empezar a juguetear con el vello rizado que había entre su muslos.

El aroma de Francesca lo volvía loco. Su piel era tan delicada, tan frágil que casi tenía miedo de tocarla. Y, sin embargo, ella compartía su deseo y disfrutaba de la posesión, hasta que él deseaba entregarle no sólo su cuerpo sino su alma. Era aterrador entregarse a alguien de aquella forma, mostrarse tan desnudo y vulnerable. Pero sabía que ella nunca le haría daño.

Inclinó la cabeza sobre uno de sus delicados pezones y empezó a mordiscarlo mientras Francesca, acariciaba la espalda de aquel hombre tan poderoso, tan seguro de sí mismo, tan masculino, tan suyo, preguntándose cómo había podido vivir y respirar antes de conocer al que ya era su marido.

Como si hubiera leídos sus pensamientos, él levantó la cabeza y puso sus labios sobre los suyos, dulce, suave pero a la vez vigorosamente, como si estuviera marcándola con fuego.

El sonido del teléfono sorprendió a los dos y Dominic se dio la vuelta para tomar el auricular.

—¿Era el despertador automático? —preguntó Francesca.

—Sí. Tenemos quince minutos para duchar nos antes de que suban el desayuno.

—Fue idea tuya tomar un avión para Atenas esta misma mañana —sonrió ella—. ¿Nos duchamos juntos o separados?

¿De verdad quieres que conteste a esa pregunta?

Francesca saltó de la cama y caminó desnuda por la habitación hasta el cuarto de baño. En la puerta se paró y lo miró, tentadora.

—¿Te has quedado sin fuerzas?

Nada más llegar a la ducha sintió que Dominic la tomaba por la cintura, la obligaba a darse la vuelta y la levantaba en brazos, colocándola sobre sus caderas al mismo tiempo que la besaba con fuerza en los labios.

Aquel beso le dio un escalofrío y se apretó contra él, gimiendo. Los ojos de él estaban oscurecidos cuando se encontraron con los suyos y sintió que se hundía en aquellas pupilas mientras él tomaba su boca al mismo tiempo que la tomaba a ella con poderosas embestidas.

Cuando terminaron, escondió la cara en el cuello del hombre, demasiado extenuada para hablar.

Se sentía como en el cielo; sabía que compartían no sólo un amor físico sin medida sino un amor espiritual que pocas parejas

eran afortunadas de compartir.

Francesca sintió que él volvía a excitarse dentro de ella, que de nuevo sentía la urgencia de poseerla y se dejó poseer una vez más, lenta, profundamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

De repente, unos golpes en la puerta los devolvieron a la realidad y Dominic, maldiciendo en voz baja, la dejó en el suelo.

—El desayuno —dijo, atándose una toalla a la cintura y besándola en los labios fugazmente—. No te vayas. Enseguida vuelvo —añadió, con un guiño.

Francesca entró en la ducha y, unos segundos más tarde, Dominic entraba tras ella, le quitaba el jabón de la mano y enjabonaba cada centímetro de su piel.

—Ahora te toca a ti.

—Oh, no —se negó Francesca, riendo—. Tendrás que enjabonarte tú mismo —añadió, dándole un beso—. Si empezamos así, perderemos el avión. Además, tengo hambre de comida, para variar.

El la dejó marchar con una sonrisa traviesa que quería decir que su escape era sólo momentáneo.

Cuando el avión empezaba a despegar, Dominic tomó su mano y la besó.

—¿Te arrepientes de algo?

—De nada.

El la abrazó, sin preocuparse del resto de los pasajeros ni de la azafata que estaba de pie a su lado. La besó con dulzura y, cuando se apartó, se dio cuenta de que los ojos de ella estaban llenos de lágrimas.

—Tenemos toda la vida.

—Sí —afirmó ella, sintiendo que se derretía por dentro.

Carpe diem. Aprovecha el día. Y lo haría. Aprovecharía cada momento que pasara junto al hombre que le había robado el corazón.